

6 20-6-14
LJ-121

~~15/5~~



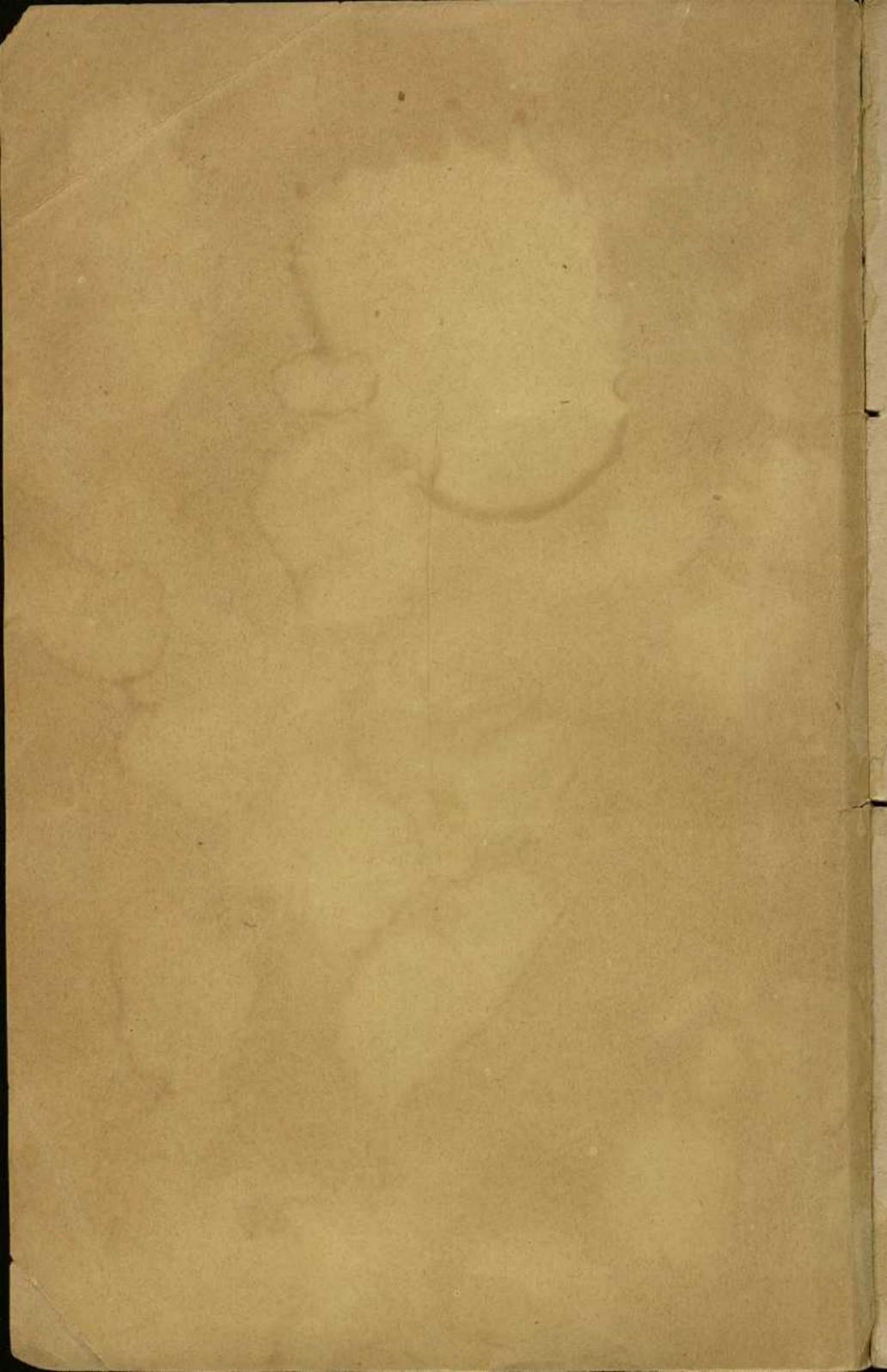
LA ÚLTIMA GUERRA

POR

R. EL-MARUL

C
61
17

GRANADA
TIP. DE "EL FERROCARRIL," REDOIGIDAS, 24
1901



123755180.

HOSPITAL REAL
GRANADA

C

161

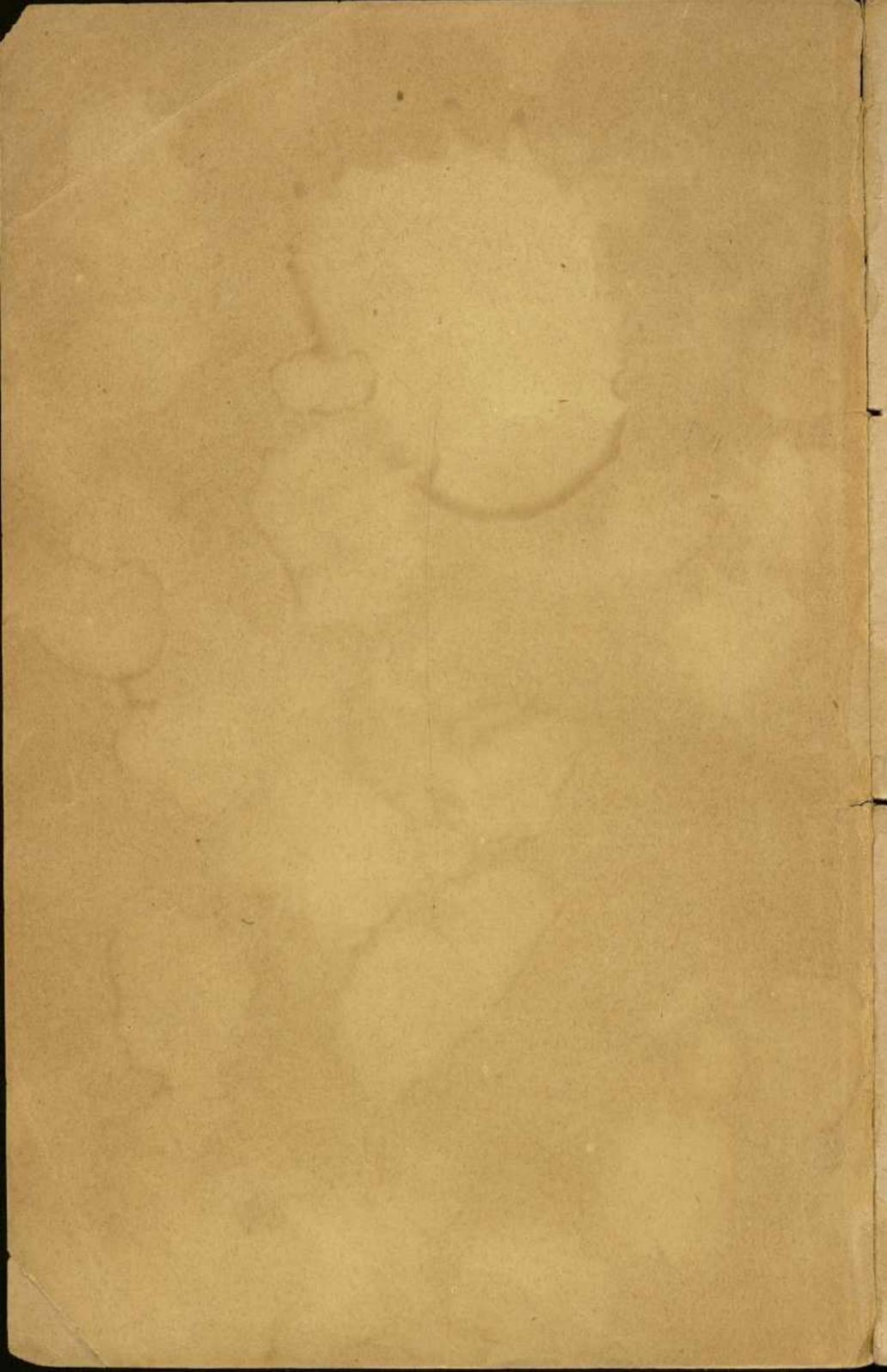
117

Biblioteca Universitaria	
GRANADA	
Clase	B
Estado	16
Número	319

0
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20

7 4001 40

Safli



123755180.

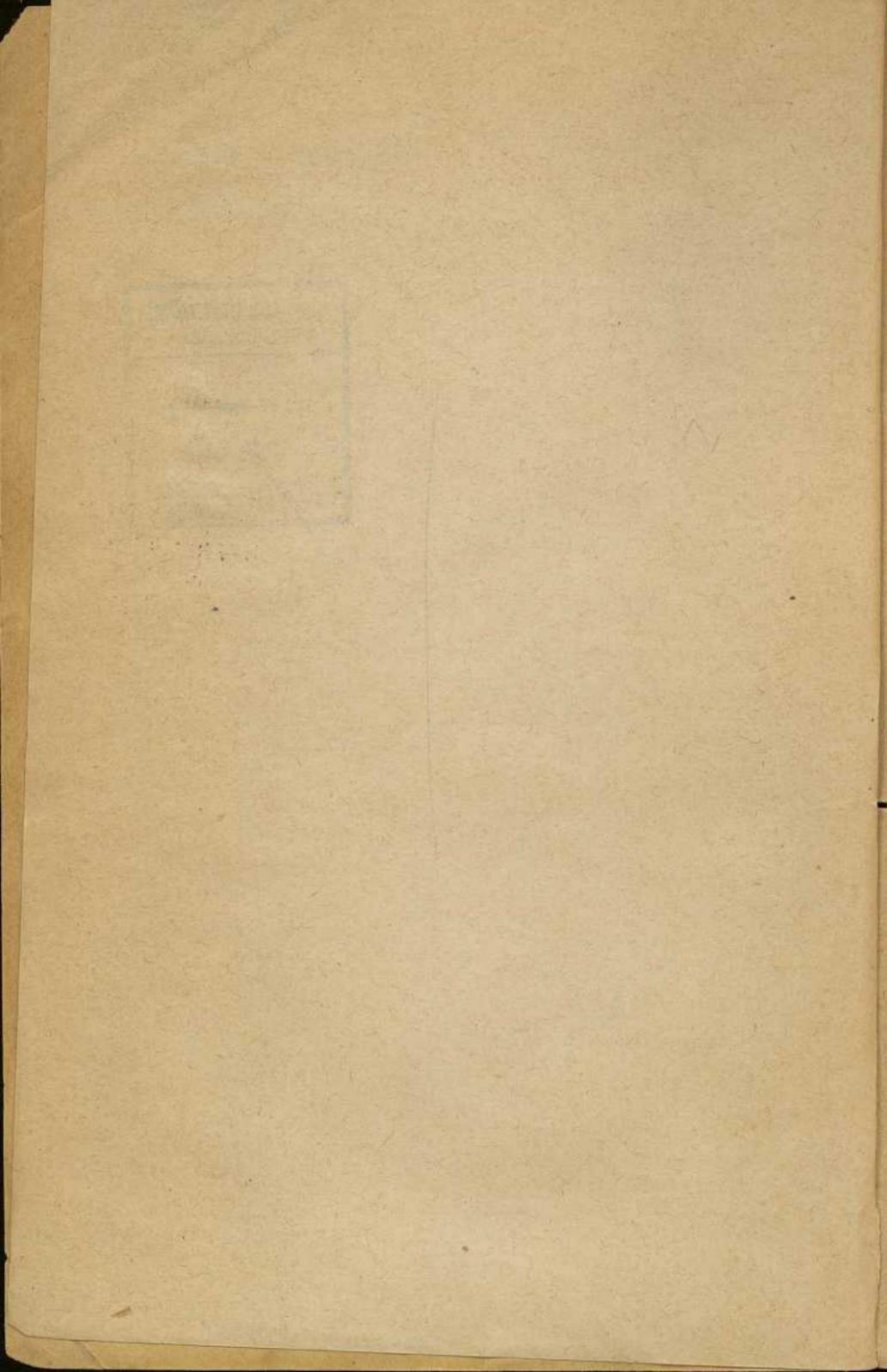
HOSPITAL REAL
GRANADA

C

161

117

Biblioteca Universitaria GRANADA	
Clase	B
Estancia	16
Número	319



R - 18077

CRÓNICA DEL SIGLO XX

La Última Guerra

Ensayo histórico leído el 12 de Octubre de 1992
en la Universidad de la Alhambra, con motivo del V Centenario
del descubrimiento de América,

FOR

R. EL-MARUL-BEN-GARNATA

BIBLIOTECA
UNIVERSITARIA
DE
GRANADA



SUMARIO:

El elefante y la ballena.—Felonia inglesa.—España declara la guerra.—Destrucción de Cádiz.—Bombardeo de los puertos del Mediterráneo.—Barcelona los vengá.—El Islám sobre Granada.—Combates de Haza del Lino y la Gorgoracha.—Los coroneles Rojo y Blanco.—Los ingleses toman á Vevecillos.—Segundo combate en La Gorgoracha.—Batalla de Ísbor.—Combates en el Padúl y Dúrcal.—Avalancha de automóviles.—Capitulación del ejército inglés.—Efecto del triunfo de Ísbor.—Los bravos de Melilla.—Unión de España y Portugal.—Los aliados en Madrid.—Proclaman al de Portugal Rey de Iberia.—Francia se vé obligada á pelear.—La marina española se sacrifica.—Combate nocturno en Cartagena.—El «Pelayo» á pique.—Los cruceros ardiendo.—El «Barceló» lleva el parte.—Batalla naval de Mahón.—Levantamiento del bloqueo y del sitio.—La diplomacia inglesa.—Combate aéreo en Gibraltar.—El Peñón ardiendo.—El horror impone la paz.—Tribunal de arbitraje.—Resistencias inglesas.—Motín en Londres.—Desarme universal.—Progresos del siglo hasta 1992.—Sursum corda.—Sólo Dios es vencedor.

GRANADA

TIP. DE "EL FERROCARRIL," RECOGIDAS, 24.
1901



Esta obra es propiedad de su autor.—Queda hecho el depósito que marca la ley.

Presentado con otros dos ejemplares
en la Biblioteca Universitaria y
Provincial de Granada en cumpli-
miento de la Ley de Propiedad inte-
lectual—

Granada 30 de Julio de 1901

Ramón Maurell y López

Nota: el nombre estampado en la
obra es el anagrama de la inicial
del nombre y del primer apellido

R. Maurell



LA ÚLTIMA GUERRA

El Elefante y la Ballena

En Febrero de 1904, el telégrafo notició una violación más, del territorio poseído por Inglaterra en el alto Nilo, á proximidad del lago Nyanza.

Varios millares de *derwiches*, excitados por las predicaciones de un nuevo Madhí, destruyeron muchos kilómetros del ferrocarril en construcción, desde el Cairo á Pretoria, y se llevaron hacia el interior, como esclavos, á un millar de ingleses, entre ingenieros, auxiliares y soldados de escolta.

Inglaterra se apresuró á enviar tropas desde Kartoun, y el Madhí y sus secuaces recibieron un castigo severo: los que no sucumbieron en diferentes combates, huyeron hacia Abisinia con el Santón, y los ingleses los persiguieron hasta dentro de aquel territorio.— Protestó Menelick, y no siendo oído, mandó á sus tropas que expulsaran á los intrusos.—Hiciéronlo así, después de ruda pelea, y quedaron en estado de guerra el Negus y el inglés.

Por desgracia para la paz, en aquellos tiempos se habían reavivado las cuestiones entre Rusia é Inglaterra, con motivo de la Manchouria y del Afghanistan: y habiendo invocado Menelick el amparo del Czar, este, que acababa de obtener un triunfo diplomático, en Constantinopla, hizo marchar doscientos mil soldados, desde el Cáucaso á Egipto, atravesando el Asia Menor, con beneplácito de la Sublime Puerta.— La escuadra inglesa forzó una vez más los Dardanelos, amenazó bombardear á Constantinopla, y se posesionó del Cuerno de Oro; pero el Sultán y su Corte se refugiaron en Filípolis, donde siguieron en más estrecha dependencia del Czar, y el terrible conflicto, la conflagración europea tan temida de los pueblos, había tenido comienzo.

¿Quién podía suponer que la lucha entre el *elefante* y la *ballena* había de resolverse á las puertas de Granada?

La escuadra inglesa arrasó los puertos mercantiles de Rusia, sobre el mar Negro; pero al perseguir á los buques enemigos sobre Sebastopol, perdió dos acorazados, volados por las defensas submarinas.— En el Báltico en vano intentaron los ingleses acercarse al Neva, y en suma, limitáronse á lanzar proclamas excitando á los finlandeses á la revolución.

En cambio, Rusia invadió la India con medio millón de soldados, y el imperio asiático de Albión se vió seriamente amenazado.

En la primera semana de Mayo, el general Romanoff ocupó el canal y se apoderó del Cairo, haciendo capitular á los regimientos ingleses.—La salida del Mediterráneo y la comunicación con el mundo oriental habían terminado para Inglaterra.—En vano sus escuadras surcaban los mares, amenazado á tirios y á

troyanos; los pueblos empezaban á reirse de ellas; y cuando se supo el levantamiento de los boers, y la sublevación de todos los holandeses del Cabo, un aplauso general en favor de aquellos oprimidos, resonó por los ámbitos del mundo.

Felonía inglesa

España declara la guerra

La diplomacia inglesa se desvivía en todas las Cortes, y en Madrid, obraba con energía y sagacidad. Ya desde el mes de Marzo había recabado de un ministerio débil en extremo, la *ocupación temporal y amigable*, de la bahía de Algeciras, á cambio de garantizar solemnemente las demás posesiones españolas, y en Abril, á pesar de las protestas de varias poblaciones que fueron rudamente castigadas por la Guardia civil, el ejército inglés ocupó pacíficamente las alturas sobre dicha bahía, cubriéndolas de fortificaciones. — Pero cuando, pocos días después, se supo la ocupación de Egipto y el levantamiento de los boers, el embajador inglés notificó al Gobierno español que Inglaterra se veía precisada á ocupar algunos puertos de Canarias; y cuando daba este aviso, ya la escuadra los había ocupado sin rodeos.

Mientras el Gobierno español protestaba, y pedía la intervención de Francia, y después la de Austria y de Alemania, siempre sin resultado, una sola voz corría desde el Cantábrico al Estrecho, «*basta de infamias!*» y una mañana, sin que nadie los defendiera, fueron destituidos los gobernantes, y reemplazados por un Gobierno nacional, donde figuraban buenos

españoles de todos los partidos, desde el carlista hasta los más avanzados.

El embajador inglés pudo esconderse á tiempo, y también se salvaron muchos de los antiguos ministros, pero en aquellas horas de indignación, las turbas cometieron algunas atrocidades, que la crónica imparcial no puede menos de vituperar altamente, porque se vieron colgados de los balcones de los Ministerios á bastantes personajes políticos. El Gobierno nacional dió un manifiesto á las naciones y otro al pueblo español, justificando la declaración de guerra á Gran Bretaña; llamó á las armas á los dos millones de españoles que podían manejarlas, y procuró con empréstitos y contribuciones los recursos necesarios para armar y organizar tanta gente, adquiriendo del extranjero cantidades enormes de material de guerra.

Al Gobierno inglés sorprendióle aquel despertar de un pueblo tenido por moribundo, y los más sagaces políticos de aquel país, sostenían que el nuevo *pronunciamiento* acabaría como tantos otros, por la constitución de un Gobierno sensible á *los argumentos de la diplomacia*; sobre todo, confiaban en que pronto cesaría la unión de los españoles, y que mientras los partidarios de D. Jáime, se levantarían en el Norte, Andalucía sería presa del anarquismo. Pero cuando vieron avanzar sobre La Línea y Algeciras, á un ejército de cien mil hombres, á las órdenes del general Iparraguirre, cuando sus fuertes provisionales fueron arrasados por los cañones de 30 centímetros emplazados en Sierra Carbonera y en los montes de San Roque, y de los Barrios; cuando sus soldados tuvieron que refugiarse en Gibraltar, después de incendiar Algeciras y La Línea, comprendieron aquellos gobernantes, que el enemigo no era despreciable.

El general en jefe de las tropas enviadas sobre Gibraltar, era un jefe carlista de grandes conocimientos militares, que había jurado espontáneamente por la cruz de su espada, no volver á tomar las armas contra sus compatriotas después que fueran lanzados los ingleses del suelo español.

En el seno del gobierno nacional habíase propuesto por los carlistas nombrar á D. Jaime general español, bajo análogas condiciones, pero en aquel momento don Jaime mandaba cien mil rusos en la India y zurraba de lo lindo á los ingleses, por lo cual, y por haber sido herido aunque ligeramente, no pudo venir á España; pero telegráficamente dió las gracias al gobierno nacional y recomendó al veterano Iparraguirre para sustituirle, todo lo cual demostraba de la manera más absoluta, la falsedad de las esperanzas del gobierno inglés respecto á la desunión entre los españoles.

Destrucción de Cadiz

La opinión pública en Inglaterra se alarmó al recibir la noticia de la derrota de su ejército en Algeciras, después de haber recibido la referente á la ocupación del Egipto por los rusos. No faltaron oradores de la *oposición de S. M.*, que señalaran á los ministros, el mal camino emprendido, ni Lores más ó menos honorables que demostrasen la necesidad de imponerse en todas partes para no ver la ruina del imperio. «La fuerza de las cosas, decían, empujaba á ensanchar más y más el *dominio* y había de ser, *Greater Britain* ó sucumbir.» «Pronto tendrá el mundo noticias del poderío inglés, añadían

los ministros, y tanto peor para los pueblos débiles que pretendan interceptar el camino de su grandeza.» El comentario de estas palabras ministeriales, fué la presentación ante Cádiz, de doce acorazados de línea, con seis cruceros, cuatro torpederos y otros buques auxiliares, en la mañana del 1.º de Junio de 1904.

Intimaron la rendición, y el pago de un millón de libras esterlinas, ó el bombardeo á las 24 horas. La plaza contestó negativamente y durante aquél día, salieron cincuenta mil personas quedando sólo las que podían combatir. La colonia extranjera, se embarcó en varios buques de diversas naciones, no sin protestar de los daños que sufrieran sus propiedades.

Todos los gaditanos recordaban un nombre: ¡Peral! «Si le hubieran auxiliado, si le hubieran facilitado medios, tendría Cádiz media docena de submarinos perfeccionados, como los tienen en Tolón, donde empezaron por copiar á Peral. Pero España fué ingrata; sus gobernantes inicuos, sus sabios envidiosos ó necios y entre todos, le quitaron la vida.»

Había en Cádiz algunos torpedos dirigibles, y unos malos barcos artillados, en los caños de la Carraca, pero para defender la ciudad sólo se contaba con los cañones de los fuertes, insuficientes contra la poderosa artillería enemiga.

Uno de los fanáticos del malogrado marino, que había ayudado, como mecánico, en los experimentos, solicitó y obtuvo de la Junta de defensa el alistar en unas horas el viejo submarino.

La mayoría se encogió de hombros, pero no faltaron entusiastas entre los obreros del arsenal, que se pusieron á la obra. Mientras unos arreglaban los aparatos interiores medianamente conservados, otros remendaban la chapa del forro, y el 2 de madrugada, al abrigo de

uno de los caños, flotaba *El Peral* dando al aire la mitad de su caparazón; acto seguido se rellenó la capacidad interior con algo lón pólvora, del almacén de torpedos, y se abarrotaron algunos miles de kilogramos de este poderoso explosivo; de seguida, se admitió lastre hasta dejar solamente visible la torrecilla, y habiéndose cerciorado que la hélice funcionaria, aunque el aparato de profundidades no se supo arreglar, convino-se en que marcharía á flor de agua, á nivel constante y sin que nadie lo tripulara.

—Peral lo guiará desde el otro mundo,—dijo un obrero aficionado al espiritismo.

Nadie sonrió; todos estaban pensativos, dirigiendo iracundas miradas á los barcos ingleses que en aquel momento se acoderaban frente á los fuertes; y aplazada la salida para la noche, se empleó el día en conectar la energía eléctrica y en cargar los acumuladores.

Desde las diez de la mañana los grandes acorazados enfilaban las baterías de tierra, mientras los cruceros bombardeaban la ciudad, no sin recibir unos y otros certeros disparos, que pusieron á dos buques fuera de combate; los de menor porte, acercándose á los muelles, se complacían en destruir los hermosos edificios de la antigua Gades, ¡la moderna *tacita de plata*, de las hijas de Andalucía!

Sin embargo alguno de los barcos recibió su castigo. Un torpedo dirigible, salido de una estación oculta, echó á pique á un magnífico crucero de 8.000 toneladas; pero por la tarde la mayor parte de los cañones españoles estaban desmontados, la ciudad ardía por cien partes, y Puntales y Santa Catalina eran montones de escombros.

En cuanto á pérdidas de vidas, eran iguales por ambos lados; los gaditanos se habían acostumbrado

á los fuegos curvos, y advirtiéndolo que el ruido era superior al daño, y que los destrozos materiales, con ser muchos, no iban acompañados de hecatombes humanas, acabaron por *tomarle el pelo* á los proyectiles.

Mientras el paisanaje apagaba los incendios, la guarnición y los milicianos, esperaban emboscados el desembarco de los ingleses, para ensartarlos en las bayonetas; pero en ninguna parte las bajas eran considerables, con excepción de los sirvientes de las piezas en batería, que murieron bravamente al pié de sus cañones.

Durante el día los ingleses no hicieron caso del Arsenal, pero al anocheecer, se aproximaron muchos buques á la Carraca, y comenzaron á bombardear los astilleros, los talleres, y los barcos allí albergados, cuya artillería era ineficaz contra tan poderoso ataque.

Desde las primeras horas de la noche, empezó á arder todo aquello, y los ingleses saludaban con ¡*hurra!* las hogueras que levantaban en aquel establecimiento, antiguo rival de los arsenales británicos.

Dos incidentes caracterizaron el combate nocturno. Un frustrado desembarco de las tripulaciones inglesas, obligadas á reembarcarse por el fuego de la fusilería española, dejando centenares de muertos y llevándose miles de heridos, y una proeza de *El Peral* que, como el Cid después de muerto, sembró el terror entre los enemigos.

La mitad de la escuadra se había acercado al Arsenal, convencidos los ingleses de que la artillería de los barcos y de las baterías nada podía contra sus corazas: tal vez querían contemplar de más cerca, la destrucción de aquellos soberbios astilleros.

El viento cambió á las diez, soplando del Noroeste, y aquél fué el instante aprovechado por el grupo de *pe-*

ralistas, para amarrar el timón del submarino, enfilando á tanteo la escuadra contraria: dieron marcha al motor, y el barco empezó á moverse sobre una sola amarra, orientándose hacia el enemigo. Entonces recubrieron la torrecilla con un pequeño bote invertido, y cortaron la amarra del *artefacto*, que salió del caño hacia la escuadra inglesa.

—Los disparadores automáticos están graduados á veinticinco minutos. —dijo el que hacía de director. —Mirad los relojes, y veremos perecer á esos malditos.

Durante aquel intervalo el bombardeo seguía con toda intensidad; muchas bombas pasaban sobre las cabezas del grupo de fanáticos impertérritos, y otras estallaban en las cercanías.

Los incendios iluminaban la tierra y parte del mar, y á los fogonazos de los acorazados, veían los del grupo, alejarse como llevado por la marea, al esquife volcado.

También los de la escuadra vieron aquel objeto, como otros muchos que flotaban en la bahía, pero no les mereció la atención que les causaba cualquier barrica ó barquichuelo flotante; y así fué á detenerse contra la red de un acorazado de 18.000 toneladas, el cual giró al poco rato sobre sí mismo, y los dos mil kilogramos de algodón pólvora, vinieron á quedar entre dos de los más poderosos buques enemigos.

Al momento prefijado, el grito de ¡Viva España! lanzado por los mecánicos del arsenal, fué ahogado por una explosión formidable.

Cuando las masas de agua y de fuego se calmaron, había un gran hueco en la línea enemiga; dos de los acorazados más soberbios se hundían hechos añicos, en el mar.

El almirante trasmitió nuevas órdenes: la escuadra singló para Gibraltar, y á los pocos días, tomaba su revancha apoderándose, *diplomáticamente*, de la plaza de Tánger.

Bombardeo de los puertos del Mediterráneo

Barcelona los vengá

En el resto de Junio tomaron á su cargo los barcos ingleses la indigna misión de bombardear los puertos indefensos del litoral Mediterráneo, causando enormes pérdidas en los edificios, y protestas en todo el mundo civilizado.

No llegaron á Cartagena, de cuyas defensas submarinas tenían conocimiento, y á cuyo amparo se cubrían los restos de la pobre armada española; pero Málaga, Almería, Alicante, Valencia y Tarragona, fueron sistemáticamente arrasadas, sin que se contestase con un disparo, desde aquellas poblaciones indefensas.

El Gobierno español ordenó el embargo de todas las propiedades inglesas en la Península; minas, líneas férreas, fincas de todas clases debían ser vendidas, para con sus productos indemnizar á los perjudicados, y si no alcanzaba, España reconocería en su favor la deuda exterior domiciliada en Londres, que se dió por finiquitada desde aquel momento.

El espíritu renació, y habiéndose empezado á indemnizar con largueza á los dueños de edificios más necesitados, otros pobres cuyas casucas habían sido respe-

tadas por las balas inglesas, lamentaban su poca suerte, que les privaba de análogos beneficios.

En Barcelona ocurrieron hechos dignos de mención. Al presentarse la escuadra inglesa, y durante las veinticuatro horas de plazo para retirada de los neutrales, la alta banca de la ciudad condal, inició un levantamiento contra el gobierno central, bajo la enseña de los antiguos fueros.

Algunos hombres gritaron ¡Viva Cataluña independiente!, y ya los del complot se disponían a enviar una comisión al almirante británico, cuando el pueblo barcelonés, aperebido de la traición, se apoderó de los cobardes explotadores de Cataluña y de España, y cuando comenzó el bombardeo los llevaban a empellones hacia los sitios de más peligro, hasta que agotado el humor popular, los tiraron al agua *para que confrenciaran con el almirante inglés*.

También encontraron allí los agresores una acogida más que caliente. Los fuegos de Montjuich, dominando las cubiertas, causaron bajas numerosas en las tripulaciones, pero lo más sensacional, porque jamás se había visto cosa análoga, fué la voladura, *en un mismo instante*, de tres grandes acorazados.

Fué como una repetición de lo de Cádiz, pero aquí el cálculo y la ciencia habían reemplazado al entusiasmo y al azar.

Desde el comienzo de la guerra, la asociación de ingenieros industriales de Barcelona, reuniendo todos los datos existentes sobre submarinos, y perfeccionándolos más, había construido sigilosamente, un magnífico submarino, al que llamaron *El Monturiol*, en recuerdo de aquel hombre de ciencia, de aquel noble corazón que iniciara la navegación submarina.

Así es que el día del combate, los mismos ingenieros

constructores, á fuer de bravos patriotas, navegaron bajo la escuadra enemiga, y empezando por una punta, iban dejando pares de cajas de un fulminante poderosísimo, en cada una de las quillas, y así consiguieron adornar á tres de los más grandes acorazados. Hubieran seguido colocando en todos ellos los aparatos de explosión cronométrica, de no haber visto acercarse á dos submarinos ingleses de los que llevaba la escuadra. *El Monturiol* conocía perfectamente la bahía, y pudo evadirse de sus contrarios, después de lanzar en la masa líquida tal cantidad de materia tintórea, que las aguas perdieron su transparencia, y ni mediante sus focos eléctricos pudieron orientarse los submarinos ingleses.

Mientras andaban perdidos en el fondo y *El Monturiol* ganaba el puerto, volaron los acorazados á la vez y la conmoción de las aguas fué tal, que los submarinos ingleses no volvieron á ver la luz. Sólo más tarde, se tuvo conocimiento de esta catástrofe submarina.

Habiendo conseguido la escuadra inglesa hacer arder algunos edificios y todos los barcos mercantes del puerto, dióse por satisfecha, después de perder los tres buques, y los restantes tomaron la vuelta de Mahón.

Al día siguiente de llegar la escuadra, llegó otra división escoltando un convoy con seis mil soldados de desembarco, y entre unos y otros, se apoderaron de Menorca casi sin disparar un tiro, pero quedó flotando la bandera española sobre la inexpugnable fortaleza de Mahón.

En vano la bombardearon por mar; después de recibir mucho daño los buques, convinieron los jefes de la expedición, en la necesidad de un sitio por mar y tie-

rra en toda regla, y en su virtud, quedó apoyando al ejército la mitad de la escuadra, mientras el resto volvía al Sud de la Península, donde se preparaban graves sucesos.

El Islám sobre Granada

Los ingleses, como buenos calculadores, contaban sacar las castañas del fuego con mano ajena, y así venían preparando una explosión del fanatismo musulmán, contra los españoles.

Desde las primeras hostilidades, las plazas de Melilla y de Ceuta quedaron bloqueadas por mar, y sitiadas por tierra por los moros, y aun cuando la última de dichas fortalezas heliografiaba de continuo, á través del Estrecho, que no habia novedad, y no carecía de viveres y municiones, la suerte de Melilla y de sus moradores causaba grandes recelos, por lo mismo que no se podía comunicar con los sitiados.

Los buques ingleses, aunque vigilando á Ceuta, no se ponían muy cerca de sus baterías, y más de una vez, proyectiles disparados por los monstruos de aquella plaza, salvaban el Estrecho y venían á reventar en los Docks ó en la ciudad de Gibraltar, con gran aplauso de los españoles que ocupaban las alturas.

En los últimos días de Junio corrió un rumor grave y extraño, por el litoral andaluz. Decíase con referencia á noticias de Orán, que entre el Muluya y el Gurgú, existía una inmensa agitación religiosa. Los



kábilas se concentraban á la voz de los santones y Marabús; la guerra santa se predicaba también en las tribus oranesas y sobre las mesetas del Atlas, y en esas predicaciones no se hablaba de otra cosa, sino de haber llegado el momento, prometido á los fieles mahometanos, de reconquistar la patria de sus antepasados, el Edén granadino de gloriosa memoria para los creyentes del Profeta.

Estas noticias habían llegado también á Madrid, y el Gobierno, conocedor de la perfidia inglesa, no se descuidó en los preparativos, enviando á Granada cien mil hombres perfectamente pertrechados, mandados por jefes de todos los partidos, de probada bravura y á las órdenes del general Cervantes Fivaller.

Como también se tenían informes de que dos ejércitos portugueses, acompañados de otro inglés, se aprestaban á invadir á España, la tensión patriótica llegó al límite. En vano se había solicitado la intervención ó el auxilio de Francia, pues aquel Gobierno, á la vez que dedicaba todos sus desvelos á incrementar los armamentos de mar y tierra, no apartaba la vista de Alemania, cuyo emperador no cesaba de proponer á Rusia y á Inglaterra medios de avenencia, sin preocuparse, al parecer, de Francia ni de España.

Encontrábase en tanto este pueblo solo para luchar contra elementos infinitamente superiores, pues Rusia estaba demasiado lejos, y sus fuerzas marítimas se hallaban acorraladas en los puertos; pero el pueblo español elevó su pasión patriótica por encima de los peligros. Además de los 100.000 hombres que tenía frente á Gibraltar y otros 100.000 en Granada, puso 100.000 soldados en Badajoz; 120.000 sobre el Tajo; 130.000 sobre el Duero, y otros 50.000 sobre el Miño.

En la línea entre Madrid y Zaragoza se preparaban

otros dos ejércitos para completar el millón de combatientes de primera fila. Las reservas y las milicias constituían el segundo millón.

Los habitantes de la costa del Sur habían huído hacia el interior, en donde se les recibía como á parientes queridos; pero la alarma parecía un tanto calmada en la provincia de Granada, y tranquilizados en parte sus moradores, con la presencia de los batallones concentrados, cuando al amanecer del 2 de Julio apareció el mar cubierto de buques, desde la Rábita de Albuñol, á la ciudad de Almuñécar.

No había defensas permanentes, y sólo las baterías rodadas molestaron al enemigo desde las cuevas de Motril y sobre la Contraviesa; fuerzas de infantería apostadas convenientemente, causaron multitud de bajas á los invasores, que no podían ser protegidos por los fuegos de la escuadra, desde el momento en que tomaban tierra; pero durante dos días, el desembarco se hizo en toda la línea, según el plan convenido entre el almirante Brown y el generalísimo Stewart.

Unos 25.000 soldados ingleses, provistos de numerosa artillería y con algunos escuadrones, desembarcaron en Motril, Calahonda, Torrenueva y Salobreña; 5.000 de infantería ligera inglesa, con artillería de montaña, se apoderaron de Almuñécar, y 10.000 infantes con artillería rodada y algunos caballos tomaron tierra en la Rábita de Albuñol. Entre este punto, La Mamola, Castell de Ferro y Calahonda, desembarcaron unos 40.000 kábilas y moros de distintas procedencias, que se entregaron inmediatamente al saqueo.

El general español tenía á sus órdenes 100.000 combatientes, y los dispuso de este modo. El cuerpo de Órgiva, formado por ~~20.000~~ 20.000 hombres de todas armas,



ocupaba la Contraviesa, y todos los pueblecillos que miran al mar, abandonados por sus moradores. Las brigadas ligeras con diez batallones de cazadores y diez de ligeros de línea, en todo 15.000 hombres, y unas baterías de montaña, ocupaban la elevada meseta de Sierra de Lújar, con destacamentos en este pueblo. Una brigada de voluntarios de Irlanda, único auxilio que nos vino de fuera, formada de 5.000 valientes, provistos por los irlandeses del Norte de América con buenas ametralladoras, y cañones de tiro rápido, solicitaban el honor del primer combate y fueron enviados al *Haza del Lino*, sobre la Contraviesa.

En el centro se esperaba el choque principal. El Estado mayor español desde el túnel que mira al mar, se hacía cargo de las disposiciones del enemigo, y distribuía 20.000 hombres á un lado y otro de la carretera, dejando 10.000 en el campamento de *La Gorgoracha*, y otros 10.000 de reserva en Vélez.

Heliógrafos, telégrafos sin hilos y otras muchas mensajerías, enviaban despachos á todos lados.

Una buena parte del ejército español, sobre 20.000 infantes y numerosas baterías de montaña, mandados por el general La Orden, ocupaban la región montañosa de Sierra Almirante desde Cázulas á las Guájaras, y la misión de este cuerpo era, impedir el avance sobre Granada de las fuerzas desembarcadas en Almuñécar, á la vez que mantener el contacto con el Cuartel general, para acudir á todas las eventualidades.

El plan de los españoles completamente defensivo, se apoyaba en los accidentes del terreno y en las numerosas obras de tierra que, sobre la cuenca del Guadalfeo y de sus más afluentes, se venían preparando varias semanas antes. Entre tanto, ideaba el general en jefe la manera de desembarazarse de la canalla moruna sobre la

cual tanto contaban los ingleses; por eso había puesto los 15.000 infantes escogidos en la Sierra de Lújar. Las operaciones de desembarco y los preparativos, duraron dos días: algunos cañonazos cambiados de una parte y otra, y algunas emboscadas de los españoles guiados por los alpujarreños, causaron grandes bajas á los invasores, sobre todo en los pueblos de Gualchos y Polopos. En cambio los rifeños se apoderaron del heróico coadjutor de este pueblo, que auxiliaba á los heridos, y le hicieron sufrir una muerte espantosa, porque en su fé católica se negó á jurar á Mahoma. En todos los pueblos donde entraron, desde Castell de Ferro á Albuñol (punto de que se apoderaron los ingleses después de vivo combate) hicieron grandes excesos. Mientras los ingleses se embriagaban hasta caer, destrozando las ricas bodegas de Albuñol, los moros se entregaban á la destrucción, prendiendo fuego á los edificios y á las mieses.

Los españoles contemplaban desde la divisoria, estos desmanes, y rabiaban por vengarlos, pero no tenían órdenes todavía.

Combates de Haza del Lino y La Gorgoracha

El día 4 los ingleses tomaron la ofensiva en la parte de la Alpujarra. Se apoderaron de Albornón y de Albondón, y los rifeños ocuparon á Gualchos, Alcázar, Bargis y Rubite, donde asesinaron á algunos habitantes, que no habían huído, pero fueron rechazados en Lújar y en Fregenite.

Acudió el general Sancho desde Orgiva y tomó varias disposiciones oportunas, situándose con su Estado mayor en la Venta de las Tontas.

Mientras su infantería echaba por los barrancos á los kábilas que subían desde la costa, la artillería y los irlandeses detenían á la división inglesa que subía de Albuñol.

Únicamente de soldados embriagados, y de generales tan testarudos como Sir Rawlson, podían esperarse ataques tan descarados como los de aquella división; sin duda tomaban á los españoles por tribus de Ashantis.

A los ataques en masa por un lado y otro del camino, y á las cargas de los lanceros ingleses, contestaban desde arriba las descargas cerradas de la infantería española, las granizadas de las ametralladoras irlandesas y el fuego certero de la artillería situada sobre El Haza del Lino.

De los 10.000 hombres que desembarcó el jefe inglés, la quinta parte fueron heridos ó muertos y apenas habían causado bajas á los españoles; pero el valor inglés se había probado una vez más, aunque la Contraviesa siguiera en poder de los españoles. Entonces ideó un plan más efectivo, el caudillo británico. Llamó á sí á un cuerpo de rifeños encargándoles la defensa de las posiciones conquistadas; y dando un gran rodeo fuera del alcance de los enemigos, envió sus baterías de montaña, y cuatro batallones ingleses á que se apoderaran de la divisoria en la dirección de Murtas.

Aprovechando este descanso, cesó un tanto el fuego, y los combatientes de ambos lados pudieron tomar algún alimento; pero á las cuatro horas próximamente, las avanzadas españolas extendidas á lo largo de la divisoria, se replegaron á galope anunciando la llegada de los ingleses, por la divisoria misma. El movimiento ha

bía sido descubierto por los españoles. Sin dejar de con- tener á los innumerables moros que, desde la parte de Gualchos hasta Albuñol, intentaban escalar la cordi- llera, rechazándoles con enormes pérdidas de todos la- dos, el general dispuso bien las cosas en *El Haza del Lino*: una altura que hay á la izquierda del camino, en la parte que mira al valle alpujarreño, fué cubierta de artillería de montaña; delante de la aldea colocó una batería de 24 piezas de 10 centímetros; entre los alcor- noques de la izquierda la brigada irlandesa, con sus ametralladoras y cañones de tiro rápido; la caballería en un llanito á la derecha dispuesta á todo, y las ca- sas de la aldea, ocupadas por un batallón de tiradores. En vano la artillería de montaña inglesa desde la al- tura ganada por ellos, y desde abajo en el camino, la artillería de grueso calibre, disparaban contra la al- dea; á pesar de los destrozos y de las bajas, nadie se movió; todos esperaron á pié firme el ataque.

Dióse éste á la vez por todas partes, con desafortada gritería por la morisma en los barrancos, y con gran- des *¡hurras!* desde la carretera y por la Contraviesa, por los 7.000 ingleses que había en línea; pero cuan- do llegaron á doscientos metros, las descargas cerradas y los disparos de metralla los barrían como moscas. El general inglés á la cabeza de su Estado mayor vino á galope á ponerse en primera línea, pero una descarga hizo rodar á su caballo y á la mitad de su escolta, y el resto se retiró como pudo. Los ingleses habían tenido 3.000 bajas, y más de 10.000 los moros; mientras los españoles combatiendo casi siempre á cubierto, apenas habían tenido 1.000 hombres fuera de combate.

Los sucesos pasaban de distinto modo en la carretera de Motril, porque Stewart había combinado mejor el ataque. Aprovechando la oportunidad del escape

caudal del Guadalfeo, había enviado desde el amanecer su caballería y algunos batallones aguas arriba, en dirección á Velecillos; y aun cuando el jefe español tuvo de ello conocimiento, y avisó á sus reservas situadas en aquel pueblo, no pudo utilizarlas en adelante. Tampoco se atrevió á llamar á sí la brigada de Sierra de Lújar cuya misión era importantísima, y sostuvo con las fuerzas del centro el avance de los ingleses. Esos eran 20.000, descontados los 5.000 que iban por el río, y atacaron decididamente por la carretera, emplazando poderosas baterías en lugares oportunos, y avanzando por ambas alas contra las guerrillas españolas. Un descuido del ala derecha española permitió á la brigada de escoceses, desplegándose considerablemente hacia la izquierda, el dominar la primera divisoria, y desde allí intentaron bajar á la meseta de La Gorgoracha.

Desconocedor el jefe español de la fuerza que tenía delante, se replegó sobre su centro con escasas pérdidas, y el túnel y el llano de La Gorgoracha quedaron en manos de Stewart. Habría sido fácil llamar á los 15.000 hombres de la Sierra de Lújar, que habrían hecho polvo á los ingleses, cogiéndolos entre dos fuegos, pero el general Fivaller fué prudente, y prefirió retirarse sobre Vélez de Benaudalla ó Velecillos.

El día 5 se descansó en todos lados, aprovechando los combatientes el tiempo para aprovisionarse; pero la noche del 5 al 6 fué decisiva. Conocía Fivaller que el pueblo de Vélez, dominado por todos lados, era indefendible; mas para atravesar el río y tomar la cuenca del Guadalfeo hacia arriba, en cuya parte había acumulado sus defensas, esperaba conocer el resultado de las operaciones que había ordenado para aquella noche.

Los Coroneles Rojo y Blanco

Estas operaciones, encomendadas á los batallones de cazadores y de línea, se reducían á aniquilar, de una vez, á toda la morisma.

Eran los once de la noche, y esperaban á que la luna apareciera; en los pueblos de abajo había cesado la algaravía. Se habían formado ocho columnas á dos batallones, quedando en reserva otros cuatro, con la artillería y debían bajar con gran sigilo sin hacer fuego, y á bayonetazos acabar con la morralla del Riff. Cada batallón era guiado por patriotas alpujarreños.

Despedíanse dos de los coroneles, que eran amigos desde la niñez, pero diametralmente opuestos en ideas: López Rojo hijo de un jefe muerto por los carlistas, y López Blanco carlista, y devoto hasta la médula.

—Buena suerte, Rojo: ¡que la Virgen te proteja!

—Si yo muero, cuida de mis chicos, amigo Blanco!

—Como si fueran míos, ya que Dios no me los dió.

Y se abrazaron en silencio.

Poco después bajaban en dirección á Gualchos, donde López Blanco hizo una espantosa carnicería de moros.

Su amigo siguió por la rambla con sus dos batallones, y estos iban rematando á los fugitivos de Gualchos.

Dos horas tardaron en llegar á Castell de Ferro. Las luces de los barcos ingleses se veían á tiro de fusil, pero los cazadores rodearon el pueblo por la parte de la

plaza, y sorprendiendo á los moros, que nunca ponían avanzadas, pero mucho menos teniendo los barcos ingleses á la vista, comenzó la degollina al arma blanca.

Cuando quedaban pocos vivos, y éstos huían aterrados, los tripulantes de los cañoneros sintieron los ahullidos y enfocaron sus luces eléctricas, haciendo disparos á bulto; pero los cazadores tomaron un barranco arriba, y poco después se orientaban hacia Polopos.

Las ocho columnas avanzaban en línea perpendicular á la costa, con la de reserva en el centro, correspondiendo á López Rojo la posición cercana al mar.

Al amanecer, todos los pueblos por bajo de la Contraviesa, y los alrededores de los mismos, rebosaban de cadáveres de moros; y los que huían, desconocedores del terreno, escapaban de una columna para caer en otra.

Los cañoneros, tan luego hubo luz del día, empezaron á enfilear á los grupos de españoles, escoltándolos en su marcha. La columna de Rojo sufrió considerablemente, porque iba á descubierto, y no podía devolver los disparos, hasta que bajaron las baterías de montaña, que por cierto, poco pudieron hacer contra los barcos. Los fugitivos llegaron á Albuñol, donde dieron el alerta á los ingleses, pero como 10.000 hombres de los de la divisoria, se habían corrido á lo largo de ella rodeando á Albondón, como los ingleses habían hecho dos días antes, pero viniendo ahora de arriba á abajo, Rawlson, al verse revuelto entre 10.000 ó 12.000 moros, la mayor parte sin armas y poseídos de terror pánico, formó sus tropas, marchando en orden hacia la playa en demanda de los buques. Tomaron éstos gran parte en la pelea cañoneando furiosamente á las columnas españolas, y éstas se detuvieron en Albuñol y en Polopos, haciendo multitud de prisioneros.

Los 10.000 ingleses habían quedado reducidos á 6.000 y de los 40.000 rifeños la mitad estaban muertos ó heridos, quedando 10.000 en poder de los españoles: los demás estaban con los ingleses ó escondidos por el terreno.

Por la tarde llevaron en una camilla á la ambulancia de Polopos, á un coronel herido de muerte por uno de los obuses disparados desde el mar. Otro coronel herido levemente en una pierna, venía apoyado entre dos soldados, y al conocer á su amigo quiso abrazarlo.

López Rojo estaba destrozado y no podía hablar, pero con la vista se hacía entender de su compañero.

—Como caballero y cristiano, te aseguro que tus hijos tendrán un padre.

—El moribundo sonrió, expirando á poco.

—¡Que Dios lo perdone!—dijo López Blanco,—no era creyente, pero era un gran español.—Y se dejó curar en la ambulancia.

Así fué como los hijos de un republicano librepensador, tuvieron por padre adoptivo á un buen español católico y carlista.

Los ingleses toman á Vevecillos

El general inglés supo en el mismo día 6 el destroz de sus aliados. Comprendió que la importancia moral de la empresa había terminado; pero tenía instrucciones para tomar á Granada, á fin de intentar el levantamiento del sitio de Gibraltar, y no

estaba dispuesto á retroceder á las primeras dificultades

Envió orden á Rawlson para que, dejando á los moros en el litoral con algunos cañoneros para protegerlos, embarcase sus tropas en la escuadra, desembarcando la artillería rodada en Motril, y las fuerzas restantes en Salobreña, donde encontraría instrucciones; y se dispuso á forzar, al día siguiente muy de mañana, el paso del Guadalfeo.

Fivaller tomó también nuevas disposiciones; satisfecho por las noticias de la Apujarra, ordenó se dejase una división con los irlandeses en la Contraviesa, para tener en jaque á los enemigos de la costa; que la división ligera descansase en Gualchos, Lújar y pueblos inmediatos, y otra división con la mitad de la artillería, bajase á Órgiva y desde allí marchase á Lanjarón, esperando sus órdenes; como la posición de Vélez era insostenible, dispuso pasar á la Solana en cuanto se iniciara el ataque de los ingleses, con los cuales habían tenido sus fuerzas un combate nocturno, en el cauce mismo del Guadalfeo.

Hizo el movimiento en buen orden el día 7, enviando temprano la infantería por ambos lados del valle, y la artillería por la carretera, donde fué emplazada para batir los aproches del puente. Stewart bajó con el grueso de su ejército desde la Gorgoracha á Vevecillos, observó atentamente los accidentes del desfiladero, y aun sin poder descubrir la importancia de las obras allí preparadas, reconoció que el asunto envolvía gravedad.

Por lo mismo no quiso aventurarse en tan delicada operación, sin estar seguro de que sus instrucciones al ala izquierda estaban en curso de ejecución.

Eran éstas que las fuerzas de infantería y artillería

desembarcadas en Almuñécar á las órdenes de Preston y los seis mil soldados de Rawlson, marchasen forzando los pasos de la Sierra Almijara, las primeras por Cázulas, y las segundas por Itrabo, hasta unirse en Las Albuñuelas, y desde allí ganasen la carretera, á espaldas de las posiciones españolas.

En la noche del 7 al 8 tuvo seguridad de que dichas operaciones se habían comenzado, y el 8 por la mañana decidió forzar el paso del río con 25.000 soldados. Las fuerzas de infantería que habían venido por el cauce del Guadalfeo, escalaron las abruptas alturas de la margen derecha frente al pueblo de Vélez; otros 5.000 infantes con artillería de montaña se extendieron por las alturas opuestas, partiendo del pueblo mismo; y encima de la carretera, apuntando á la Solana para batir la artillería contraria, situó sus baterías de grueso calibre.

Empezado el avance y la lucha, esperó á que sus guerrillas por ambos márgenes rebasaran el puente y entonces, protegiendo á la columna de ataque con un violentísimo fuego de cañón y de fusilería, hizo avanzar á la carrera á dos batallones de línea.

Diezmados por el fuego antes de alcanzar el puente, consiguieron los restantes llegar á él, y se resguardaron con los parapetos, agachándose mientras lo pasaban, y seguidamente se abrigaron en la gran cornadura abierta en la roca para el paso de la carretera, cuya parte superior había sido ya ocupada por los guerrilleros ingleses, que se habían corrido desde los almen-drales de la margen derecha del río.

En el preciso momento en que pasaba el puente un tercer batallón, el occidental, volvió con formidable estruendo; la electricidad había producido sus efectos, y dejando fuera de combate á más de 100 hombres,

había cortado la comunicación entre ambas orillas.

Al mismo tiempo un vigoroso avance de las fuerzas españolas hacía retroceder á las guerrillas inglesas, y sobre la cortadura, donde había amontonados 1.500 hombres, llovían bombas y granadas que estallaban sobre las masas. El peligro de estos soldados era inminente y el Estado Mayor inglés se apercibió de la gravedad. Entonces avanzaron varios automóviles blindados llevando viguetas de hierro de todas clases; los ingenieros que los guiaban llegaron al puente, lanzaron las viguetas sobre el abismo, y en quince minutos establecieron un paso perfectamente estable.

Para probar su solidez pasaron incontinenti los automóviles, y llegaron á la cortadura, desde donde avanzaron haciendo fuego con sus cañones rápidos y seguidos de la infantería.

Desde aquel momento el ataque de los ingleses se generalizó, subiendo por el cauce del río numerosas fuerzas de infantes y caballos.

Al medio día pasó Stewart el puente dejando sólo la impedimenta, la división de la guardia y los escoceses como reserva en Velecillos; y al examinar el empinado de filatero de diez kilómetros que había de forzar contra las formidables defensas del enemigo, dió orden á sus fuerzas de parapetarse, dejando para el día siguiente el ataque principal, á fin de tener también noticias del ala izquierda.

El Estado Mayor español, aprovechó esta tregua para rectificar las posiciones de su artillería, cuyas piezas de grueso calibre situadas á la entrada de Lanjarón, batían la carretera; y á la vez, envió instrucciones á la división de infantería ligera que había quedado hacia Lújar, para que con la brigada irlandesa procurasen cortar las comunicaciones del enemigo con

la costa, ocupando la meseta de *La Gorgoracha*.

El día 9 se reanudó el combate en toda la línea, sufriendo los ingleses pérdidas enormes, pero consiguiendo al fin apoderarse de la Solana, hasta el sitio en que la carretera estaba dominada por los cañones de grueso calibre. Habían tomado montes y más montes, en ambas márgenes, sufriendo los fuegos de un enemigo parapetado en zanjas y trincheras, y detrás de los riscos y de los árboles; muchas veces, cuando creían dominado un contrafuerte, recibían por la espalda descargas mortíferas que los diezmaban, y cuando se volvían para escalar aquellas alturas veíanse fusilados en todas direcciones. Pero el tesón de los jefes y la disciplina de los soldados, iban triunfando de todo, si bien habían sufrido más de 4.000 bajas.

Sin embargo Stewart comprendió que las mayores dificultades estaban por vencer, y en la noche del 9 al 10 vivaqueó con sus huestes sobre el campo de operaciones, recibiendo pertrechos y auxilios en abundancia de la escuadra situada en Moiril.

Los españoles recibían víveres y refuerzos de Granada; pero las fuerzas dejadas en la Alpujarra y en Sierra de Lújar padecían enormes privaciones. Habían quedado en cierto modo, á retaguardia, y aun cuando comunicaban con Órgiva por la carretera, llevaban bastante tiempo de racionado insuficiente, porque las fuerzas del centro consumían todos los envíos de la capital, y los ingleses y rifeños habían agotado las vituallas de los pueblos, encontrándose en condiciones tales; que sólo el soldado español sabe sufrirlas; las divisiones de infantería habían perdido el tercio de su efectivo, quedando unos 10.000 hombres hábiles, con más los artilleros de montaña; los irlandeses habían quedado reducidos á 4.000 y encontrábanse azuzados

unos y otros por el hambre, hasta un extremo tal, que habrían devorado los mulos de la artillería, de no impedirlo los jefes. Calcúlese, pues, cómo sería recibida la orden de bajar á la carretera entre Motril y Vélez, para interceptar los convoyes que la escuadra enviaba á sus compatriotas.

Segundo combate en La Gorgoracha

Concertado el plan, se incorporaron los irlandeses en la madrugada del 10, y ya unidos, bajaron como lobos hambrientos, desde la sierra de Lújar, á la carretera. Tropezaron desde luego con un repleto convoy escoltado por marinos, y después de despachar los á tiros y bayonetazos, saciaron el hambre de dos días, y seguidamente, en obediencia á los jefes, ocuparon las posiciones dominantes, desde la divisoria del túnel que mira al mar, hasta las revueltas de la carretera que forma anfiteatro sobre el pueblo de Vece los, y están provistas de obras de fábrica á manera de almenas.

Como ninguno de los marinos de la escuadra había escapado, tomaron los españoles grandes precauciones para no ser descubiertos y poder realizar nuevas sorpresas. Fué la inmediata la de dos regimientos que acababan de desembarcar, y desconocedores de lo ocurrido, se dirigían al cuartel general escoltando la artillería rodada de la división de Rawlson, desembarcada el día antes en Motril.

Sancho se había incorporado desde la Contraviesa

para tomar el mando de las fuerzas españolas, y al enterarse de la subida de la columna enemiga, dió orden de ocultarse entre los contrafuertes de la Sierra, y sólo cuando estaban todos los ingleses bien metidos en el llano, mandó atacarlos.

Fué una sorpresa y una carnicería; defendiéronse á duras penas, y huyendo hacia el Oeste abandonando la impedimenta, lograron escapar unos pocos, quedando más de un millar prisioneros.

La falta de comunicación, con la escuadra y el ruido del combate, alarmaron á los ingleses que estaban en Velecillos, y previa consulta telegráfica con el general en jefe, salieron para restablecer las comunicaciones una división de *Highlanders* y otra de la guardia con una batería rodada.

Un regimiento de *Horse-guards* iba á la descubierta por la carretera, mientras los escoceses escalaban las alturas que forman por aquella parte las últimas estribaciones de la Sierra de Lújar.

Fué un combate de gigantes que el generalísimo inglés contemplaba con el antejo, desde lo alto de la Solana, 15 kilómetros al Norte.

El terreno no se prestaba á desplegar las fuerzas, porque el cauce del Guadalfeo por un lado, y lo abrupto de las estribaciones de la Sierra por el otro, lo impedían. Recibidos los escuadrones de *Horse-guards* con descargas continuas desde las revueltas de la carretera se replegaron detrás de la artillería, que empezó á batir aquellos muros almenados; también los españoles emplazaron artillería en la subida de la cuesta, y el duelo se hizo formidable. Los trozos de revestimiento de los muros de contención caían como aludes, aplastando á los españoles que ocupaban las revueltas inferiores, mientras los sirvientes de la batería inglesa

caían uno tras de otro, hasta el extremo de enmudecer los cañones.

Los mejores soldados del mundo, los montañeses con *enagüillas*, escalaban como titanes los riscos de la Sierra, y á cada momento, alguno de ellos abría los brazos y caía herido de muerte, despejándose su cuerpo contra las rocas del fondo. Un regimiento de la guardia ocupó á la bayoneta las revueltas de la carretera, que eran ya montones de escombros mezclados con cadáveres, y aunque fué diezmado por las ametralladoras irlandesas, al fin dió la manc á los *Highlanders*, y unos y otros dominaron la entrada Norte de la meseta de La Gorgoracha.

El general Sancho tenía que estar prevenido contra otro ataque posible por la parte del mar, y no se atrevía á arriesgarlo todo. Cuando vió á los escoceses dominando el llano por la parte Norte y á la guardia con los *Horse-guards* por la carretera, comprendió la gravedad de la situación. Tenía bastantes fuerzas, pero habíanle atacado por su flanco extremo y no debía cambiar de frente, esperando como esperaba otro ataque por la espalda; por cuyas razones se decidió á defender su línea de retirada, es decir, las estribaciones de la Sierra por donde había bajado. Los escuadrones de *Horse-guards* se adelantaron al galope, creyendo aprovecharse del primer momento de confusión; pero la infantería española en cuatro filas, rodilla en tierra las dos primeras, y con artillería en los intervalos, los barrió como aristas.

—Apuntad bajo y al pecho de los caballos,—decían los jefes.

—Y una barrera de hombres y caballos muertos obstruyó la carretera.

Entre tanto la guardia atacaba por el lado del río

y los escoceses por el opuesto; la primera era barrida por las ametralladoras irlandesas, y en cuanto á los segundos, dieron ocasión á un combate singularísimo. Los cuatro regimientos escoceses, encontrando un llano de alguna extensión, habían formado en columnas por compañías, llevando los gaiteros y bandas en medio; y haciendo fuego las primeras filas, avanzaban las cuatro columnas con irresistible empuje.

Sancho llamó á cuatro jefes de cazadores y á otros tantos de línea, diciéndoles:

—Son ocho batallones de los mejores del mundo; ¿os atrevéis con ellos?

—General, nuestro deber es morir por la patria.

—Preparáos pues.

—Y se volvieron á galope hacia su gente.

Habían quedado sobre la carretera los cañones y armonías de la batería rodada cogida pocas horas antes, y que no habían podido utilizarse por estar quitados los cierres. Un oficial de Estado Mayor metió un objeto en uno de los armones, y un alambre forrado de seda se deslizó sobre el suelo hacia la montaña. Mandóse replegar á los irlandeses y á las demás tropas para que, aun á trueque de dejar libre el paso, no pudieran verse cortados; y los ocho batallones preparados al desafío recibieron orden de simular una retirada en dirección á la Sierra. La artillería de montaña tomó posición á retaguardia, junto al Estado Mayor, y apuntó á las cabezas de los regimientos de montañeses de Escocia.

El resultado de estas disposiciones no se hizo esperar. La brigada de la guardia al ver á los irlandeses replegarse oblicuamente hacia la Sierra intentó cortarlos, y en su avance, tropezaron los ingleses con su propia batería abandonada, rodeándola de un lado y otro para seguir la persecución; pero un estallido tremendo de-

bido á la explosión de los proyectiles encerrados en los arzones, destrozó á los pobres guardias, con el hierro de sus propios arsenales, y al mismo tiempo, todas las fuerzas españolas é irlandesas, hacían descargas cerradas, y la artillería de montaña cubría de proyectiles las formaciones compactas de los escoceses.

Habían rebasado ya éstos el sitio de donde se retiraron los ocho batallones, y cuando menos lo esperaban, viéronlos volver sobre su flanco, formando ocho columnas de batallón; tocaban los clarines españoles ataque á la bayoneta, y los jefes iban delante espada en mano.

Arrojáronse sobre el flanco del regimiento más próximo, y aprovechando la sorpresa, tendieron á bayonetazos á muchos de aquellos gigantes como si fueran cañas de maíz. El primer regimiento quedó destrozado.

Los otros hicieron alto; cambiaron de frente, con la precisión propia de una parada, y empezaron á hacer descargas tan mortíferas sobre la masa enemiga, que los españoles no tuvieron más remedio que echarse al suelo; sólo quedaron sobre sus caballos los ocho jefes que habían dado la orden de tenderse, y con intervalo de 20 segundos, caballos y ginetes yacían todos por tierra: habían cumplido su palabra de morir por la patria.

Sancho vió el drama y se lanzó con su Estado mayor y la escolta de lanceros, á interponerse entre unos y otros, dando orden á toda la línea para avanzar haciendo fuego continuo. Aprovechando este auxilio, se irguieron los batallones y volvieron á tomar parte en la pelea.

Los escoceses no cedían, pero tampoco avanzaban; y en aquel fuego mortífero su masa compacta ofrecía un blanco prominente.

En estos momentos, mientras los irlandeses hacían cara á la guardia, acudió á galope un ayudante participando que varios millares de marinos subían en dirección al túnel. Sancho comprendió que no podía hacer frente á todos lados, y dispuso la retirada por escalones. La noche se acercaba, todos estaban rendidos, y la retirada á la Sierra se hizo en buen orden.

De los batallones que guardaban la divisoria del túnel, quedó cortado el que ocupaba la posición más occidental: tomada la carretera hasta el túnel, por los *Horse-guards* que se habían adelantado á la carrera, y escalada la divisoria por un enjambre de marinos, tuvieron que rendirse, después de combatir rudamente.

Fueron 500 prisioneros los únicos que habían hecho hasta entonces los ingleses.

Las pérdidas sufridas en este segundo combate de La Gorgoracha, fueron mayores por parte de los ingleses que habían atacado al descubierto, pero la comunicación entre la escuadra y el ejército quedaba asegurada, y Stewart podía avanzar.

El día 10 no se había movido de sus posiciones esperando el resultado del combate á retaguardia. Aprovechó sin embargo aquel descanso para rectificar su plan sobre el terreno. Aumentó las fuerzas que subían por su ala derecha y por el cauce del río, indicán loles como objetivo Lanjarón. Se extendió cuanto pudo por la izquierda, aun á costa de parciales y rudos combates con las fuerzas españolas, que defendían palmo á palmo el terreno más abrupto del mundo, y donde sólo podían transitar las cabras.

Extrañóle mucho no recibir noticias de Rawlson ni de Preston, que debían haber rebasado su altura, marchando por detrás del Valle de Lecrín; pero á pesar de ello, contando con la pericia de jambos generales,

preparó para el día siguiente el ataque decisivo. El general español esperaba también el resultado del combate de La Gorgoracha; durante el día rectificó sus posiciones, reforzando con las fuerzas de Órgiva las posiciones de Lanjarón.

En la Alpujarra quedaron muy pocas fuerzas más allá de la Sierra de Lújar, pero eran suficientes para contener á los pocos rifeños que permanecían en la lengua del agua, protegidos por los cañoneros ingleses. Estaba disgustado al no tener noticias de su derecha, donde los 20.000 hombres de La Orden debían contener al enemigo, y á la vez dar la mano al cuartel general á través del Valle de Lecrín. Los informes de los pueblos de aquella parte, sólo acusaban el paso por Ítrabo de los ingleses, después de un ligero combate.

Desde Otívar vino un parte del día antes, participando que se oía vivísimo fuego por los desfiladeros del Puerto sobre el antiguo camino de Almuñécar á Granada, y no podía comprender como La Orden no le hubiera comunicado noticias directas.

Tenía delante de sí unos 25.000 ingleses, pues las bajas sufridas en los combates habían sido suplidas por 6.000 marinos que ahora ocupaban á Vélez, y mantenían las comunicaciones con la escuadra por la carretera y por el río; y para oponerse á su avance contaba con 40.000 bravos y con posiciones formidables, mas las fuerzas de Sierra de Lújar; tenía pues, la probabilidad del triunfo. Sin embargo no descuidaba sus trabajos de fortificación á retaguardia y en la margen superior del río de Ísbor afluente del Guadalfeo, así como en las cuestras que llevan desde el río de Ísbor á Tablate y al empalme con el camino de Lanjarón, donde tenía millares de campesinos removiendo tierra, bajo la dirección de los ingenieros militares.

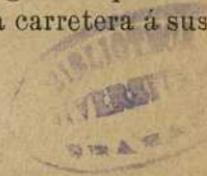
Había establecido su cuartel general en lo alto de la cuesta que baja al puente de Ísbor, y sus fuerzas cubrían todos los aproches del túnel por la parte de la Solana.

Batalla de Ísbor

En la mañana del 11 el ejército inglés comenzó el ataque. Las fuerzas de la margen izquierda del Guadalfeo, arrollaron hacia la rambla de Órgiva á la infantería española. Esta desde sus posiciones defensivas, y siempre en terreno dominante, causaba enormes bajas á los que atacaban; pero al fin los españoles, sin abandonar las estribaciones de la Sierra, se replegaron en dirección á Órgiva, siguiendo la traza del ferrocarril minero. En suma, estas fuerzas no habían sido quebrantadas, y podían volver de un momento á otro sobre el flanco y espaldas de los ingleses, si estos avanzaban demasiado hacia Lanjarón.

Por el lado del Oeste el avance de los ingleses era más intencionado. Venciendo dificultades inconcebibles, escalando riscos y peñascos cortados á pico, suspendiéndose sobre abismos y dejando detrás muertos y heridos, muchos de ellos despeñados, la infantería llegó á coronar la divisoria, en cuya vertiente se encuentra Ísbor, y desde allí pudieron contemplar las fuertes posiciones españolas.

Pero Stewart no reparaba en la sangre de sus soldados; tan luego como supo que se había logrado aquel escalco gigantesco, mandó avanzar por la carretera á sus



batallones, protegiéndolos en parte con el fuego de una poderosa y bien dirigida artillería emplazada hacia la Venta de Miriñaque. La batalla se había generalizado y el duelo entre las baterías era formidable. Los cañones españoles de grueso calibre, barrían la carretera y destrozaban los batallones, á la vez que desmontaban varias las piezas inglesas de calibre inferior al suyo.

Difícilmente habrían conseguido los ingleses ganar los aproches del túnel, si una bomba de poderoso explosivo lanzada desde la carretera, no hubiera explotado en medio del parque de la batería principal, á tres kilómetros más arriba, causando la voladura de todos los proyectiles y cargas de reserva, y matando á casi todos los artilleros españoles.

Un *¡hurra!* formidable y las señales de ataque en toda la línea siguieron á esta voladura inesperada. Llegados á la proximidad del túnel, los ingleses se vieron á cubierto de los fuegos enemigos, y la brigada de fusileros metió sus cuatro batallones uno tras de otro en el túnel y en el puente, apareciendo al otro lado del río Ísbor, á la vista del centro español.

Un fuego general acogió aquellos batallones tan luego como pasaron el puente, y como no tenían espacio para desplegarse, siguieron cabeza baja hacia el *Salto del Lobo*, sin poder devolver el daño que recibían. Ya pasado el recodo grande de la carretera los contuvo una carga de coraceros lanzados desde el cuartel general; pero entonces se abrigaron un tanto en el barranco que allí existe, y dejaron espacio á los compañeros que les seguían. En aquel momento el general español dijo una palabra á un joven oficial de ingenieros, y éste, dirigiéndose á un pequeño aparato emplazado sobre un triciclo, con el ros en la mano iz-

quiera y en la derecha el conmutador, miró fijamente al general.

—¡Por la salvación de la Patria!—gritó Cervantes Fivaller, y en aquel momento, una explosión como de mil truenos á la vez, conmovió las montañas.

El arco mayor del hermoso puente de Ísbor, se había levantado hacia arriba, y caía arrastrando á 200 ingleses; la enorme roca donde estaba abierto el túnel, vacilaba sobre su base, para derrumbarse en parte al río y quedaba obstruido el túnel con millares de toneladas de caliza. Como el túnel y el puente habían volado juntos, la carretera quedaba cortada para mucho tiempo.

Stewart se hizo cargo del accidente; trepó con sus ayudantes haciendo maravillas de gimnasia, hasta lo alto del contrafuerte, y habría temblado su corazón si no fuera tan bravo, al contemplar la situación desesperada de sus tropas. Más de 3.000 hombres cortados entre las posiciones formidables del enemigo y el derruido puente. Las márgenes del río casi verticales, con una profundidad de más de cien metros, y su artillería, parques y reservas, inutilizadas en la margen del Guadalfeo sobre la carretera.

No cedió su espíritu: en el acto mandó comunicar por heliógrafo y por el aparato Marconi, á las tropas que avanzaban hacia Lanjarón, ordenándoles corrieran por el cauce del río hasta remontar el de Ísbor, dejando una pequeña fuerza para contener á los enemigos. Ordenó también que la mitad de los marinos subieran á escape desde Velecillos, y la caballería por el Guadalfeo hasta llegar á Ísbor.

Todas sus fuerzas disponibles debían seguir escalando el contrafuerte que ya tenían dominado, y las que iban delante, debían hacer fuego sin cesar sobre las posiciones de la margen opuesta, procurando defen-

der á los fusileros cortados hacia el *Salto del Lobo*.

Hizo señales á éstos para que arriesgándolo todo, ensayasen un despliegue por la derecha, á pesar de lo abrupto del terreno; y dispuso que sus ingenieros estudiaran desde luego el medio de restablecer el paso por la carretera.

Todas estas medidas representaban esfuerzos colosales, y podía servir de ejemplo, el último de los propósitos la recomposición del paso, que exigió después muchos meses de trabajos; pero su espíritu enérgico no conocía vallas ni obstáculos. Luego que dió estas órdenes, mandó á su escolta que le siguiera, y emprendió el peligrosísimo descenso por la abrupta ladera, á la vista del enemigo y en dirección á Ísbor. Acaso su esperanza estribaba en uno de aquellos proyectiles que hacían rodar al abismo á cada momento á sus soldados y oficiales.

El peligro le respetó entonces. Se acercó á Ísbor; hizo subir baterías de montaña á sitios imposibles, y desde allí cañoneó el cuartel general enemigo, obligándole á replegarse; por último, hacia el medio del día, su extrema izquierda, descendiendo de las alturas, rebasó y dominó la aldea de Ísbor.

Los fusileros habían ensayado un despliegue hacia las alturas, pero tuvieron que retroceder al rincón donde antes se resguardaron. En cambio, cada vez que los españoles intentaban acercárseles, fuese por el camino ó por los cerros, los rechazaban con un fuego desesperado.

A la tarde llegaron los refuerzos por el río, y Stewart dispuso incontinenti, que escalasen la margen nor-este, mientras las fuerzas del lado de Ísbor protegían su ascenso. Fué una audacia inconcebible, pero que obtuvo éxito, como otras muchas. Cada vez que aso-

maban por la vereda de Ísbor á la carretera, los soldados ingleses eran barridos por los proyectiles españoles; pero esta diversión permitió á los fusileros salir del recodo, subir la cuesta hasta frente de Ísbor, y desplegarse por la derecha facilitando el propósito de los que asaltaban la carretera.

Unos y otros habían sufrido enormes pérdidas, pero esto parecía importar poco al jefe inglés, á quien no conmovía el espectáculo de seis mil heridos sin socorro alguno todavía, y cuyos lamentos se percibían en los intervalos entre las descargas. Los españoles, teniendo su ambulancia á mano, retiraban los heridos á retaguardia tan luego como caían.

Á la puesta del sol las posiciones eran como sigue: Ísbor y los cerros que lo dominan, el cauce del río de su nombre hasta el pueblo, y la margen derecha hasta el puente volado, estaban en poder de los ingleses.

Los españoles ocupaban las alturas dominantes de la margen opuesta, ó sea la del noroeste, y las formidables posiciones de la carretera, conocidas con el nombre de las *Siete revueltas*.

Hubo una tregua obligada en las operaciones, porque todos estaban aniquilados, y había que reponer las fuerzas físicas, y decidir planes.

Pasó la noche en mucha alarma, pero no se renovó el combate ni al día siguiente, porque el inglés reunía sus fuerzas, y como de la parte de su ala izquierda no recibía noticias, supuso que eran interceptadas.

También el general español estaba indeciso en vista de las noticias que recibió de la parte de Las Albuñuelas, manifestando que un numeroso cuerpo de tropas inglesas avanzaba hacia dicho pueblo; y como Las Albuñuelas están más cerca de Granada que el sitio del combate, y no había noticias de las tropas de La Orden,

preocupaba á Fivaller la posibilidad de verse cortado.

Sin embargo no pensó un momento en la retirada: recordó la máxima militar que dice estar cortado aquel que se lo cree, y con las fuerzas de su mando no era fácil que el enemigo lo envolviese. Pero tomó disposiciones decisivas. Llamó á sí á la mayor parte de las fuerzas de Lanjarón, destinándolas á reforzar su línea, y otra parte, á ocupar la posición de Pinos que domina al Valle de Lecrín. Pidió con urgencia á Granada todos los refuerzos disponibles, hasta los voluntarios mismos, para que salieran sobre Padúl y Dúrcal; y habiendo revisado sus fortificaciones en las *Siete revueltas*, y explorado el espíritu de sus tropas, dió una orden el 12 por la tarde, que decidió la suerte de la guerra; dispuso que las fuerzas de la rambla de Órgiva, aprovechando la noche para ponerse en comunicación con la división de la Sierra, bajasen sobre Velecillos y se apoderasen de la retaguardia inglesa á toda costa.

Mas entrada la noche del 12 al 13 recibió la noticia de que las fuerzas inglesas de Las Albuñuelas indagaban el camino del Padul, y reiteró por el telégrafo á Granada la necesidad de que salieran los refuerzos, anticipándose á los ingleses en dicho pueblo. Envió fuerzas á su retaguardia hacia Dúrcal, y habiendo apresurado el rancho de la tarde, obligó á descansar á su gente hasta las doce de la noche, en cuya hora, puso á todos sobre las armas con gran sigilo, adivinando por instinto militar el próximo asalto de los ingleses.

Llamó á los coroneles y generales, y les hizo ver que aquellas *Siete revueltas* eran las Termópilas de España que habían de salvar de la invasión, ó perecer todos aquella noche. «Los soldados son lo que son los jefes,

esperaba no serían menos que los jefes enemigos y que darían como ellos grandes «jemplos al soldado. La victoria era segura por lo formidable de los medios de resistencia, si todos cumplían con su deber.»

A poco rato, los escuchas dieron el alerta; los reflectores eléctricos de los españoles iluminaron el campo, y descubiertas las columnas de ataque, el fuego de fusilería y de cañón empezó á barrer á los ingleses. Contestaron éstos; y entonces puedo verse que mientras la artillería de montaña y numerosos tiradores, disparaban desde el lado de Ísbor, tres fuertes columnas, dos á los lados y una por la carretera, subían al asalto. Los proyectiles inflan á los de la artillería, iluminaban y achicharraban en un lado y en otro, pero los que asaltaban sufrían terribles pérdidas.

La columna de la derecha, forzó el paso por una de las estribaciones superiores, y aprovechando esta ocasión, la del centro ocupó la primera revuelta y después la segunda, pero de allí no pudieron pasar; aunque las descargas seguían las distancias se conservaban.

Eran las dos de la mañana del día 13, y pronto empezaría á rayar el alba, cuando los ingleses con sus generales á la cabeza dieron el avance supremo, *¡Gó a head boys; ¡Forward for England! Hurrah for Britain! ¡England for ever!* gritaban abajo; y arriba corría esta orden:

—No gritéis; apuntad bien, ¡dejadlos venir!

Un inmenso empuje venía desde abajo, y las músicas inglesas entonaron el himno nacional. Escalaban los balates, y los alzacortes, se encaramaban por los arbustos y subían como legión de orangutanes inconscientes, dejando atrás muertos y heridos. Los focos iluminaron la tercera revuelta de la carretera; por ella subían á la carrera 2.000 marinos con las carabinas en

bandolera y las hachas de abordaje en las manos. ¡Era terrible, y magnífico! Cuando ya hubieron ganado la revuelta, y tocaban á la cuarta, una explosión formidable cortó á todos la respiración; miles de kilogramos de *maximita*, había estallado bajo los pies de aquellos dementes del heroísmo, y un grito colosal de ¡Viva España! secundó la explosión; los clarines españoles tocaron á carga, y allá bajaron como demonios despeñados, con el fusil en la mano y las facas entre los dientes, no sin hacerse preceder á manera de aviso, de multitud de objetos como carruajes, arzones, piedras colosales y hasta cañones fuera de uso, que se llevaban por delante las compañías inglesas y las hacían papilla.

El brigadier Castro Alvarez, lanza en ristre, y seguido de otras mil, galopó por la carretera abajo, ensartando fugivos cual Don Quijote ensartaba carneros, y no paró hasta el cortado puente de Ísbor; después y á los primeros albores del día 13 de Julio, subió llevando por delante un millar de prisioneros; el resto había huido ó rodado al cauce del río de Ísbor, donde los húsares españoles los acuchillaban.

Cuando Stewart vió los restos de su ejército, su sangre fría rayó en lo sublime. *¡Never mind! ¡It is no matter! ¡We must go again!*—¡Esto no es nada, hay que volver! decía; pero apenas quedaban fuerzas á su lado, y habiendo cesado el fuego en aquellos parajes, pudo oír el ruido de las descargas y el estampido de los cañonazos en dirección de Vélez, lo cual indicaba que era amenazada su retaguardia. Bien pronto tuvo detalles de lo ocurrido: atacadas las fuerzas inglesas en aquel pueblo antes del alba, desde todos los cerros que lo dominan, tuvieron que evacuarlo

Los escoceses se habían abierto paso con grandes pérdidas, hasta el puente, y esperaban instrucciones

desde el gran cortado de la carretera, mientras los marinos habían tenido que bajarse al cauce del río y ocupar los cerros de la margen derecha, sufriendo también enormemente. De los destacamentos ingleses de La Gorgoracha no se tenía noticia, pero debían estar también rodeados y había cesado el fuego que al amanecer se oyera en aquella dirección.

Stewart comprendió la gravedad de la situación, porque tenía apenas raciones, y el soldado inglés, inquebrantable cuando está mantenido, sucumbe con la privación. En consecuencia, ordenó á cuantas fuerzas ocupaban el cauce del río, que bajaran hacia Vélez y en combinación con los *Highlanders* restableciesen las comunicaciones, contando también con los socorros de Motril.

Las fuerzas que dejó sobre Ísbor oyeron al medio del día fuego de cañón en dirección de Granada, y cuando se enteró el jefe, supuso que Rawlson y Preston acudían en su auxilio, por lo cual no quiso abandonar sus posiciones avanzadas por aquel lado.

Combates en el Padúl y en Dúrcal

Avalancha de automóviles

Las cosas habían pasado peor para los españoles en la región montuosa del Oeste: Preston, con suma habilidad, había conseguido desorientar á La Orden; simulando un ataque por Cázulas y Otívar, hizo desfilarse en tanto el grueso de sus fuerzas por el peligroso des-

filadero de Puerto Marina, poniéndolas del otro lado de la cordillera y franqueándose el camino de Granada.

La Orden acudió como el toro al engaño, y persiguió con todas sus fuerzas al astuto inglés, que se retiró con escasas pérdidas por la Venta del Vicario y Játar; y entre tanto Rawlson, desartándose de las fuerzas dejadas en Itrabo, marchaba sobre Las Albuñuelas y después sobre el Padúl, á cuya vista llegó el 13 por la mañana.

Estas maniobras en el terreno menos conocido y acaso más accidentado de España, habían sido combinadas entre ambos generales, sirviendo de consultor y guía un viejo alemán que hacía muchos años había vivido en aquellas Sierras y en Granada, donde se titulaba Doctor, y que resultó ser un espía.

En atención á los telegramas del generalísimo, habían salido de Granada, desde la madrugada del 13, cuatro mil voluntarios y las últimas fuerzas que allí había: una batería rodada y un regimiento de dragones. Los primeros marcharon en cuatro trenes del ferrocarril de vía estrecha, y las tropas por la carretera. Bien temprano llegaron al Padúl, y mientras los voluntarios se parapetaban en las calles y casas, la artillería tomaba posición en las eras y la caballería en la vega. Cuando apareció Rawlson, fué recibido á tiros; y emplazando el inglés sus cañones de mona, envió proyectiles incendiarios hasta que el pueblo ardió por los cuatro costados.

Los voluntarios tuvieron que abandonarlo, pero protegidos por la caballería se replegaron á la Sierra; mas comprendiendo el inglés que su generalísimo debía estar hacia el Sur, abandonó de pronto el ataque del Padúl, y se volvió en dirección á Dúrcal, entrando en la carretera á la altura de *El Aguadero*.

Algún tiempo perdió la columna apagando el incendio, para que la artillería pudiese tomar la travesía del pueblo; pero fué auxiliada por un batallón de *Chapelgorris* que acababa de llegar de las Provincias y había venido desde Granada en 50 automóviles requisados para el ejército. El jefe de la columna, que era el de la artillería, ordenó la persecución de los ingleses, del modo siguiente: los voluntarios debían seguir hostilizando, al enemigo, sin dejar las estribaciones de la Sierra, al abrigo de los frondosos olivares que allí existen. La caballería iba por la izquierda del camino dispuesta á ayudarles, y los *Chapelgorris*, desplegando por la derecha dos compañías de flanqueadores, tomaron la carretera, prececiendo los automóviles á la artillería; estas fuerzas contaban con que habria algún destacamento en Dúrcal que atajaría al enemigo el paso sobre el puente.

Rawlson con su retaguardia dió cara á los granadinos, y adelantándose él á gaiope sobre el valle de Dúrcal, dispuso los preparativos para forzar el paso.

Al asomarse á la gran cuesta que lleva al puente, fué el Estado mayor recibido con una granizada de balas, disparadas por los voluntarios de Dúrcal sostenidos por fuerzas de Administración militar y por otras del ejército, que venian escoltando á los prisioneros hechos en la Alpujarra, los cuales fueron vueltos á Talará y Beznar, bajo la custodia de los voluntarios de estos pueblos.

Cerciorado el inglés de la posibilidad de bajar al cáuce del rio por si le cortaban el puente, emplazó sus cañones á la derecha y empezó á batir á los contrarios con granadas y bombas de Lydita.

Desplegó sus infantes sobre las dos vertientes del contrafuerte, dispuestos á hacer frente á ambos lados;

y al abrigo de los *caballeros de tierra* que resguardan el corte de la derecha de la carretera, fué deslizando batallones que hacían vivísimo fuego sobre los defensores del puente, á la vez que sus guerrillas bajaban al cauce del río.

Contra el ataque de los voluntarios que venían por arriba, colocó dos batallones formando escuadra con su ala izquierda y con otros dos se preparó á rechazar la caballería. La vista de los automóviles y de las boinas rojas de los *Chapelgorris* le hizo sonreír; pero cuando vió las 24 piezas rodadas en batería, cubiertas por los vehículos, y protegidas por el batallón, comprendió que era necesario apresurar las cosas.

Aguantó varios disparos que le causaron bajas, y le desmontaron dos piezas, é incontinenti lanzó á la carrera sobre el puente á uno de sus mejores batallones. Protegieron el ataque todos los fuegos de la tropa que tenía en la vertiente del río, y seguramente se apoderara del paso, si al atravesar los ingleses el puente no hubiese volado el arco central, causándoles muchas bajas. En su virtud, el general hizo bajar al río á dos batallones más, y ordenó á la artillería que cargara las piezas en los bastes y buscara la bajada más fácil al valle.

Al mismo tiempo corrió órdenes á los que defendían la cordillera por encima del camino, para estar dispuestos en un momento dado á descender á la carrera, cada cual por donde mejor pudiese, al camino primero, y desde allí al río.

Comenzado el movimiento de retirada, el jefe de los españoles apretó con la caballería hasta asomarse á la revuelta del camino; y al contemplar la bajada de aquellos cuatro ó cinco mil hombres se le ocurrió un plan terrible.

Hizo avanzar los cincuenta automóviles vacíos, y según llegaban, tan luego tomaba uno la vuelta sobre la cuesta del puente, mandaba al conductor saltar á tierra, después de abrir el regulador.

La consecuencia fué, que como la cuesta estaba cuajada de soldados que la atravesaban para bajar de allí al río, centenares de ellos fueron aplastados por los carruajes que bajaban chocando contra los alzacortes del camino hasta tumbarse, después de recorrer trituyendo gente, un trecho más ó menos largo; otros inclinaban á la derecha y saltando los *caballeros*, caían dando trepas por la ladera de cien metros de altura, y en su caída, arrastraban rocas, árboles y criaturas. Más de treinta de aquellas moles que pesaban cinco mil kilogramos, fueron volando desde el camino al río, aterrando á los fugitivos antes de aplastarlos, con la avalancha de hierro y de peñones que se les venía encima. Unos mil fugitivos cayeron en poder de la caballería y mil quinientos quedaron fuera de combate.

Rawlson, después de increpar fieramente desde el río á los que llamaba bárbaros y cobardes, olvidando cómo sus paisanos hacían pavesas los indefensos puertos españoles, tocó llamada para seguir por el torrente abajo, consiguiendo reunir unos tres mil hombres, hacia la tarde, frente á la unión de los barrancos, junto á Talará. Allí conferenció con el Doctor alemán, que por milagro escapara, y como no oyesen ruido alguno de combate hacia el valle de Lecrin, decidió escalar las alturas del lado occidental, y retirarse á la costa por las Albuñuelas.

De esta manera se salvó sin saberlo de la suerte sufrida por el ejército principal, entre Isbor y Vélez de Benaudalla.

Capitulación del ejército inglés

La noche del 13 al 14 se había pasado en ambos ejércitos de bien distinta manera. Casi de madrugada resultó frente á Ísbor, un pobre fugitivo inglés herido en la cuesta de Dúrcal, que á favor de la obscuridad se había ido arrastrando por los cauces casi secos de los riachuelos, hasta que tropezó con los camilleros de su nación, junto al puente de Ísbor. Refirió el desastre de Dúrcal, é ignorando la escapatoria del jefe y de sus compañeros, manifestó que toda la división había quedado fuera de combate ó prisionera.

Conducido ante el generalísimo, su relato hizo desaparecer del ánimo de Stewart la esperanza del triunfo. Más de veinte mil ingleses, de los cuales muchos millares estaban heridos, y decaídos todos por la derrota y la falta de raciones, estaban encerrados en el desfiladero de 10 kilómetros.

El valiente Stewart no se dió por vencido: ordenó á sus mejores tropas que pasasen á la margen izquierda; envió la caballería y los guardias por el río, y ordenó á los escoceses parapetados al extremo de la línea, que atacasen á la desesperada hasta comunicar con el mar.

Emplazó en las revueltas de la Solana su poderosa artillería y decidió perecer con su gente ó abrirse paso.

Pero el general español no se había descuidado; durante la noche había hecho pasar varios regimientos

á la margen izquierda para dominar el río y la carretera, y dar la mano á los de Vélez.

Por el río abajo envió su numerosa caballería; y libre ya de todo recelo á retaguardia, hizo pasar por encima de Isbor, y coger las alturas que dominan la Solana á su restante infantería con las baterías de montaña.

Desde entonces fué un aplastamiento general; en vano combatian los ingleses; en el cauce del río y en ambas márgenes, por todas partes, estaban dominados en número y en posiciones; no les quedaba otro recurso que entregarse ó perecer.

Aunque á doscientos metros por bajo del camino corría el Guadalfeo, la dificultad del descenso hacia padecer á los ingleses el tormento de la sed, doblemente terrible bajo un sol de fuego.

Sobre el puente de Vélez se combatió una vez más con terrible empeño. Sancho, después de destacar fuerzas por el río y á La Gorgaracha, para oponerse á una nueva expedición de los de la escuadra, ordenó á los cazadores que trepasen á los montes de enfrente y que se corrieran por los almendrales, hasta dominar la cortadura de la carretera, donde estaban parapetados los *Highlanders*.

Frente al puente, las ametralladoras de los irlandeses y todos ellos emboscados, enfilaban el paso. Fué un combate homérico, pues de un lado á otro del río se interpeñaban en el idioma de Milton.

O'Brien el jefe irlandés y Macdonald el de los escoceses, habian sido compañeros de colegio. El primero gritaba suplicante.—Hermanos, no luchéis más contra la voluntad de Dios! Bravos hijos de Escocia, no ayudéis á los tiranos!

Y Macdonald contestaba haciendo salidas sobre el puente, donde sus hombres eran barridos por las ametralladoras, por aquellas máquinas mortíferas fabricadas en Birmingham y manejadas por irlandeses!

—¡Hurrah for Britain! ¡England for ever! eran los gritos con que acompañaban los compases de sus gaitas.

Sobre el puente formóse una barricada de heridos y muertos, de cuyo montón informe destilaban hilos de sangre que teñían las aguas del río; allí se agitaban, angustiosamente, brazos y piernas que ansiaban librarse del peso de los cadáveres, y escuchábase lamentos espantosos. En aquel momento los cazadores empezaron á hacer llover, desde arriba, balas y peñas sobre la cordadura: al fin vengaban á sus jefes.

El bravo O'Brien tuvo una inspiración grande como su alma: habló un momento con Sancho, y se tocó ¡alto el fuego! Adelantóse con el personal de la Cruz Roja, y llamando á Macdonald á través de la pila de muertos, le participó que podía salir con todos los honores de la guerra, si prometía no combatir contra España. No había otra solución: y después de separar á los muertos y retirar los heridos, vióse salir en correcta formación, con un sólo gaitero á la cabeza, á aquel millar de bravos, únicos sobrevivientes de la brillante división de *Highlanders*.

Esperábanles irlandeses y españoles en formación sobre el camino de Vélez para tributarles los honores debidos á los héroes: los irlandeses estrechaban sus manos y les decían: «¡No ayudéis á los verdugos! lo son de Irlanda como lo son de Escocia y de todos los pueblos que dominan», y los interpelados estrechaban silenciosos aquellas manos. Y gruesas gotas de sudor, mezcladas con furtivas lágrimas, rodaban por sus mejillas.

Cuando llegaron al pueblo se arrojaron como desesperados á la fuente y á los arroyos. La sed les había hecho capitular. Desde el primer momento los españoles no habían desperdiciado la ocasión: las viguetas de hierro fueron lanzadas al río, y el paso quedó definitivamente cortado.

En la Solana el asunto se había agravado también para los invasores por la ocupación de las alturas que dominan la carretera: varias descargas cerradas, y los destrozos causados por grandes peñones, rodados desde lo alto, inutilizaron la principal batería, y los más duros comprendieron al fin que era forzoso rendirse.

El personal de la Cruz Roja inició la negociación; se tocó ¡alto el fuego! y se esperó la contestación de los españoles.

Cervantes Fivaller escribió en una de sus tarjetas en el idioma usado entonces entre las naciones: «*Prisonniers de guerre!*»

Era la capitulación simple y sin condiciones.

Stewart se negaba: la soldadesca, desmoralizada por el hambre y rabiosa de sed, se rebelaba; los jefes hacían observaciones; los de la Cruz Roja instaban en nombre de la humanidad, y Stewart sentado á la puerta de un ventorro desde donde se domina el valle, examinaba el puente situado á tres kilómetros más abajo, sin decir palabra. De pronto dejó los gemelos sobre la mesita que tenía delante: había visto á los escoceses salir de Vélez y subir, escoltados, las cuestas que van hacia La Górgoracha. Entonces llamó al general Smith y le dijo: «Tal vez lleven razón; temo que nuestros gobernantes se hayan equivocado; convenid la capitulación!» Y dicho esto sacó el revólver y lo disparó bajo su barba.

¡No había querido firmar la entrega de su ejército!

Efecto del triunfo de Isbor

Fue mayor que el causado en el siglo anterior por la batalla de Bailén; los pueblos oprimidos volvieron á esperar, los poderosos disimularon su turbación.

En el Parlamento inglés se oyeron discursos gemitivos, pero todo se redujo á algunos cambios de ministros, y los radicales é irlandeses que pedían un cambio de política exterior, siguieron siendo tachados de felonía.

La opinión francesa se entusiasmó por España; pero el gobierno no se atrevía á decidirse pensando en los cuatro millones de soldados alemanes, mientras el emperador alemán, aunque instado por su tío, no se atrevía á decidirse tampoco, pensando en los tres millones de soldados franceses, y en los cinco que aún tenía disponibles el Czar.

El verdadero secreto de estas indecisiones era el siguiente: mientras la clase media francesa rehuía la guerra por la suerte de su hijos y de sus fortunas, habian convenido dos millones de obreros alemanes, con otros dos millones franceses, que tan luego marchasen el uno contra el otro, los ejércitos de sus respectivos países, ellos proclamarían la revolución social simultáneamente en ambos lados, é impondrían el arbitraje.

La lucha seguía pues, entre *el Elefante y la Ballena* por un lado, y la moribunda España contra la avasalladora Albión.

Aun cuando hasta ahora la principal contienda había sido en Andalucía, mientras ésta se desarrollaba, habían ocurrido sucesos marítimos y guerreros de gran importancia.

Desde la alevosía de Canarias, las fortalezas españolas en Africa habían sido bloqueadas por mar, y sitiadas por tierra por los moros.

Ceuta era inexpugnable, teniendo víveres y municiones, y para abastecerla el gobierno español ideó un medio singular. Anunció por medio de la prensa, que pagaría en la plaza de París, en oro francés y al décuplo de su valor mercantil, los artículos cuya lista se publicaba, mediante la presentación del recibo de ellos firmado por el comandante general de Ceuta.

Aguijoneados por el lucro, osados marinos de todas procedencias burlaban el bloqueo, á pesar de las duras penas aplicadas á los que eran cogidos.

Hasta por tierra entraban del campo moro víveres y municiones en la plaza, y entre los contrabandistas colgados de las antenas inglesas, hubo algunos súbditos de S. M. británica.

El gobierno español, alentado por el éxito, amplió el sistema hasta tarifar la destrucción de la escuadra inglesa, entregando por cada buque destruido la décima parte de su valor, evaluados por los precios medios de costo de los buques análogos en las diversas naciones, en esta forma: desde un millón de francos que se pagaba por un crucero, hasta un millon de dollars oro, por un acorazado de veinte mil toneladas, habia una escala gradual establecida con arreglo á datos calculados para la destrucción de todos.

Publicado solemnemente el ofrecimiento se formaron sindicatos en Europa y «Trusts» en América, para explotar aquel nuevo y atractivo negocio; dando mucho

que meditar á los ingenieros y mucha ocupación á los constructores de ambos hemisferios, con inventos diabólicos que dieron resultados del mismo orden, como veremos después: dijose también que bastantes acciones de los «*Trusts*» americanos pertenecían á comerciantes de la City de Londres; pero esto era difícil de probar.

Los bravos de Melilla

En Melilla el asunto era más grave: el comandante general Altozano comprendió la imposibilidad de aguantar el doble cerco, faltó como estaba desde el comienzo, de recursos y de provisiones.

Celebró conferencias con los ingenieros militares, y á primeros de Julio, después del embarque de las tribus en la escuadra inglesa, en una noche en que no había luna hasta pasadas las doce, reunió la guarnición y la población civil con armas; colocó en el centro mujeres, niños é impedimenta, é inutilizando sin ruido los cañones de posición, salió á la sordina sobre el campo moro, donde sin disparar un tiro, á bayonetazo limpio, se abrió paso en dirección al Muluya. Al día siguiente escarmentó á sus perseguidores, y entró en la provincia de Orán.

Extrañó á muchos por el pronto, que dejara intactas las fortificaciones de la plaza; pero cuando á las 48 horas ingleses y moros dormían el sueño glorioso de los vencedores, estallaron á la vez cuarenta depósitos de

municiones y explosivos, que habían quedado debidamente ocultos, y fortificaciones y enemigos pasaron á mejor vida.

Unos días para lores cronométricos muy sencillos, habían permitido la voladura simultánea de los depósitos, gracias al sincronismo del péndulo.

Tan luego entraron los cuatro mil españoles en Orán, donde fueron recibidos por la numerosa población española como si fueran de la familia, ofreciéronse al gobierno francés para formar parte de la legión extranjera.

La fuerza de la opinión pública en la colonia, y los desmanes de las tribus del Sud oranés, indujeron al gobierno á aceptar el ofrecimiento. Hubo un simple trueque de banderas (quedando las españolas en poder de los cónsules) y los bravos de Melilla, fueron enviados á la región de Aïn-Safra para castigar á los partidarios del viejo Bou-Amena.

La rebelión se había extendido al ca'or de las predicaciones de guerra santa, realizadas por los marabús para alistar á los 40.000 moros que habían de quedarse en la Alpujarra, y la propaganda llegó á tal extremo que, desde Saida al Figuig, todas las tribus estaban en armas: los destacamentos franceses fueron degollados, y el ferrocarril del Touat quedó destruído para mucho tiempo.

Altozano, hizo una campaña de gato marrullero; dejóse batir, simuló un pánico, logró hacerse perseguir por el bandido, y cuando le tuvo á su alcance, volvió la garrá y en una contramarcha de noche, le cogió con su harem de pobres prisioneras europeas, como el gato coge al ratón.

Hizo una carnicería regular entre los árabes; y en consejo verbal, vengó á las víctimas de Saida, pasando

al verdugo por las armas; pero lo más gracioso fué que también fusiló á su lado, á dos consejeros áulicos que acompañaban al bandolero, y que resultaron ser súbditos, como ellos decían —al mismo tiempo que se cuadraban militarmente— de *S. M. el Rey de Inglaterra!*

La resonancia que tuvo el hecho en Europa fué indescriptible; decididamente la guerra universal era inmediata. En las Bolsas europeas los fondos bajaron por decenas; el Banco inglés suspendió el pago de los billetes y el *Foreign Office* en término perentorio, puso al gobierno de Francia este dilema: ó entregaba á Altona ó la guerra inmediata.

El gobierno de París intentó evitar el conflicto y se le ocurrió un golpe de genio: propuso someter la resolución del caso, á la autoridad del emperador de Alemania.

Inglaterra no pudo rechazarlo por tratarse de un paciente y poderoso aliado, aunque platónico hasta entonces; y todos los documentos, los informes más completos, fueron elevados á la consideración de tan competente autoridad.

El emperador tardó tres días en estudiar y fallar el asunto, teniendo á todas las naciones en suspenso; pero un grito de júbilo saludó la decisión imperial, cuando se supo que el respetable juez, fallando *en ley y en conciencia*, declaraba, «*que los dos ingleses habían merecido su suerte.*»

Otro incidente estuvo á punto de generalizar la contienda. Cada día los ingleses apresaban barcos en el Estrecho, por suponerlos destinados al abastecimiento de Ceuta, equivocándose las más de las veces y cometiendo atropellos con los neutrales; pero en cambio, el gabinete de S. James, seguía con simples reclamaciones diplomáticas la cuestión de los corsarios salidos de

los puertos yankees, para correr el corso con patente española sobre la marina mercante de Gran Bretaña; y á pesar de que los destrozos de dichos corsarios iban en aumento, el gobierno inglés no exageraba sus notas.

Así es que pareció singular el atestamiento de las autoridades inglesas, negándose á soltar á un trasatlántico francés, que venía del Brasil para Marsella, con su documentación y pasaje en regla, y que había sido injustamente detenido frente á Gibraltar.

El gobierno de París, á la vez que reclamaba con seriedad y energía, envió su escuadra del Atlántico, treinta acorazados de línea y otros tantos barcos auxiliares, al puerto de Tánger donde se encontraba la presa, y por un momento se creyó que las dos escuadras se batirían; pero la entrada en Portugal de Cervantes Fivaller sin disparar un tiro, y la proclamación de la República Lusitana por las poblaciones meridionales de aquella región, hicieron por entonces prudente á la altiva Inglaterra. El trasatlántico francés fué entregado, y la escuadra francesa lo escoltó gallardamente á través del Estrecho, en medio de las aclamaciones de los españoles, y de las miradas coléricas de los ingleses.

Unión de España y Portugal

Después de la victoria de Ísbor, limpióse prontamente de enemigos el litoral. La torpeza de La Orden permitió á Preston escapar por Sierra Tejea y el boquete de Frigiliana, hasta llegar á Vélez Málaga, donde lo reco-

gió la escuadra inglesa; y por la impericia de su adversario tachado de cobardía y de traición, un consejo de generales sentenció al jefe español á la última pena, cuya dura sentencia fué ejecutada en Antequera. Desde entonces los generales españoles recordaron la muerte de aquel desgraciado, con el cual por cierto se había cometido una verdadera injusticia; la historia debe decirlo protestando, aunque en ciertos momentos de crisis tamaños rigores hayan parecido saludables.

Cervantes Fivaller reforzó de paso el cerco de Gibraltar, en cuya proximidad se montaban cada día nuevos cañones de gran calibre; y como los ingleses desembarcando un numeroso ejército en Oporto, habían obligado al gobierno portugués á invadir á España por el Duero, recibió Fivaller la orden de pasar el Guadiana y proclamar la república en las provincias del Mediodía.

El manifiesto que dirigió al pueblo portugués decía así:

«Portugueses: no venimos á conquistar vuestro suelo ni á hacer más pesadas las cadenas que sujetan vuestra voluntad; pasaron aquellos tiempos en que el despotismo de los reyes, y las crueldades de sus sicarios, ahogaban en sangre las simpatías de dos pueblos nacidos para ser hermanos: el gobierno detentador de las libertades lusitanas, ese humilde lacayo de la corte británica, que ha puesto á los pies de vuestros explotadores las glorias conquistadas por Alburquerque y Vasco de Gama, quiere hacernos enemigos; ¡no lo conseguirá! La inicua Albión invadió injustamente el suelo de España, y obligados por nuestra defensa venimos aquí, pero no á traer á vuestros hogares el hierro y el fuego, como llevaron á los nuestros esos destruc-

tores de ciudades indefensas, esos azuzadores de fieras africanas sobre las poblaciones andaluzas, donde violaron á las mujeres y asesinaron á los niños, (hechos que también reprobais) venimos á traer os la libertad; á restablecer el derecho de cada pueblo, á disponer de sus destinos con arreglo á su libre voluntad; y nuestros enemigos son los vuestros: ¡esa corte de lacayos y esos asesinos de pueblos!

Terminada la guerra, volveremos á España y seguireis siendo en absoluto independientes. La autonomía de nuestras propias regiones españolas, será la mejor garantía de vuestra independencia, y si buenamente quisiérais asociar vuestra república á la nuestra, mediante una confederación libremente consentida, defenderíamos juntos los derechos que nos son comunes.

Obreros del campo y de las ciudades: uníos á vuestros hermanos, que sólo pelean por lo que es digno, bueno y humano; uníos á no otros para que podamos asegurar por siempre en el mundo, el triunfo de nuestros salvadores lemas: ¡Libertad, igualdad, fraternidad, paz, arbitraje y justicia, entre individuos y naciones!»

Esta proclama, escrita de acuerdo con los elementos avanzados y las asociaciones obreras del pueblo vecino, surtió un efecto inmediato.

Fivaller había enviado la impedimenta con la artillería de grueso calibre y los parques por Badajoz, escoltado todo por 50.000 hombres á las órdenes de Colmeiro, y él mismo con otros tantos de infantería, artillería de montaña, caballería y pontoneros, entró en Portugal por Ficalho, y pasó el Guadiana frente á Beja casi sin disparar un tiro; pues las descargas que le hicieron los carabineros reales en su huida, no fueron con estadas.

En Beja y poblaciones inmediatas hasta Évora, fué

acogido como amigo por las sociedades obreras, que allí eran numerosas; y como los españoles pagaban todo religiosamente, respetaban á los vecinos y dejaban que los pueblos nombrasen las comisiones municipales y las autoridades á su gusto, las escasas fuerzas del ejército real, se batieron apresuradamente en retirada hacia el Tajo.

En Evora se puso en comunicación con Colmeiro, el cual habia dejado bloqueada la plaza de Elvas y por Estremóz se unió con el cuartel general.

Esta primera parte de la campaña fué notable bajo el punto de vista de los pocos daños causados de una parte y otra; pero bien pronto se supo que cien mil portugueses, ayudados de un ejército inglés, habian derrotado á los españoles en Vitigudino, y ocupado después á Salamanca.

Fivaller quería marchar sobre el Tajo y atacar de flanco al segundo ejército portugués, que después de sitiar á Alcántara amenazaba á Cáceres; pero las órdenes de Madrid le impusieron la obligación de seguir levantando poblaciones y evitando hechos de armas, hasta acercarse á Lisboa, lo cual cumplió á la letra, dirigiéndose á la península de Setubal.

Entretanto la Junta suprema de guerra que asesoraba al gobierno de Madrid, cometió una torpeza insignificante. Había reunido ciento cincuenta mil hombres sobre el Tajo y, otros tantos sobre el Duero; pero debió haber colocado otro ejército intermedio entre Ávila y Piedrahita, para acudir en auxilio de la parte más amenazada.

Los ingleses, lejos de cometer esa falta, bloquearon á Ciudad Rodrigo y enviaron dos fuertes divisiones de infantería caballería y artillería de montaña, hacia el Norte, las cuales decidieron la batalla de Vitigudino y

después ayudaron á la persecución hasta Salamanca, donde se parapetó el ejército portugués del Duero.

Sin perder momento, el grueso de las fuerzas inglesas se corrió por Bajar y Plasencia á marchas forzadas, y se apoderaron por Malpartida del ferrocarril directo, y después del paso del Tajo.

Entonces se unieron al ejército portugués del Sur, y el español que cubría á Cáceres, acometido por fuerzas superiores, dejó una guarnición en este punto y retrocedió hasta Trujillo, para evitar el ser cortado.

Atacado en Trujillo resistió con valentía; pero después de causar grandes pérdidas á los aliados, tuvo que replegarse en dirección á Ciudad Real, dejando en poder de aquéllos el camino de Madrid.

Los aliados en Madrid

Proclaman al de Portugal Rey de Iberia

Madrid no podía defenderse de doscientos mil ingleses y portugueses, y en su virtud el gobierno se trasladó á Zaragoza.

Entraron los aliados en la Corte el 13 de Agosto de 1904, y lo primero que hicieron fué dirigirse al Museo del Prado, donde por suerte no habían quedado más que cuatro cuadros sin valor. En el Banco tampoco encontraron metálico, y furiosos de estos percances, impusieron un millón de libras esterlinas sobre el vecindario madrileño.

La cobranza de este impuesto dió lugar á memoria

bles escenas, que sirvieron de tema á los saineteros de hace ochenta años, pero que no son de actualidad. Baste decir que como no quedaba otra moneda que calderilla, y los billetes perdían el mil por ciento, los recaudadores del ejército aliado recogían pilas de papel y monedas de cobre de las llamadas entonces *perrillas*, viéndose obligados á tomar muebles y efectos, que después no pudieron llevarse.

Sobre todo la carcajada fué general en la península, cuando elevaron al trono de S. Fernando con el título de Rey de Iberia, al monarca que en aquellos mismos dias había tenido que refugiarse en su palacio de Belén, huyendo de la rechiffa del pueblo de Lisboa.

Ningún español llegó á tomar en serio la entrada de los aliados en Madrid, ni la contribución del millón de libras, ni mucho menos al finchado monarca.

Los ejércitos del Norte y del Mediodía fueron incrementados hasta contar 200.000 hombres cada uno, y otro de igual fuerza se formó en Zaragoza. En suma, con estos tres ejércitos, los 100.000 que estaban á Gibraltar y 100.000 que estaban en Setubal, aún no se llegaba al millón de soldados que comprendía la primera mitad de la población alistada.

Francia se ve obligada á pelear

Íbase á disponer que Fivaller volviese sobre el Tajo, para coger entre dos fuegos al ejército real portugués, no sin recomendarle que dejase fuerzas republicanas organizadas en todas las poblaciones obreras, cuando

el acontecimiento por tanto tiempo esperado, se presentó por sí sólo.

Dos buques de guerra rusos escapados de los mares de Oriente, venían perseguidos por otros tres ingleses de potencia mayor, y viéndose perdidos, se refugiaron en Bizerta. Los ingleses siguieron cañoneando á los fugitivos sin respetar la neutralidad de las aguas, y el contraalmirante francés que mandaba una división de 3 acorazados y 3 cruceros, hizo salir á uno de éstos para hacer retirar á los ingleses: el jefe inglés no sólo no hizo caso, sino que disparó contra el francés, y habiéndole contestado éste, antes de que pudieran ayudarle sus compañeros fué echado á pique por un torpedo inglés.

Cuando el contraalmirante francés vió hundirse su barco, dió orden de tratarlos como á piratas, y saliendo todos, echaron á pique á uno de los ingleses y apresaron á otro. El tercero huyó á Malta.

Conocidos estos hechos en París y Londres, se consideró inevitable el conflicto. Inglaterra dió telegráficamente su acostumbrada orden de apoderarse de todo barco francés, grande ó chico; y el ministro de Marina francés quiso ponerse al habla con la escuadra de Brest.

Desde el incidente del trasatlántico, y en apoyo de las reclamaciones de los súbditos franceses por las pérdidas sufridas en el bombardeo de Málaga, había permanecido la escuadra en este puerto, pero había singlado hacia el Este precisamente en la madrugada del 24 de Agosto, día en que supo la colisión de Bizerta.

Tenía instrucciones anteriores para visitar aquella estación, pero había que transmitirle otras nuevas en atención á los sucesos ocurridos; y como los ingleses se apoderaron desde el primer instante de los cables

sumergidos en el Mediterráneo, el gobierno de París encareció al de Zaragoza la necesidad de comunicar, sin pérdida de momento, al jefe de los 30 acorazados, una orden de la cual dependía la campaña marítima.

La marina española se sacrifica

Combate nocturno en Cartagena.—El «Pelayo» á pique.—Los cruceros ardiendo.—El «Barceló» lleva el parte.

Defendida por las fortificaciones y por las defensas submarinas de Cartagena, la reducida escuadra española no había podido salir de allí; pero habiéndose apelado desde Zaragoza á la abnegación de los marinos, estos respondieron hallarse dispuestos al sacrificio.

Tratábase de llevar un parte, que sería transmitido antes de la noche por el ministro de Marina francés á Cartagena, y llevarlo á través de la escuadra bloqueadora, al almirante de la flota de Brest, que navegaba hacia Bizerta, sin tener conocimiento de lo ocurrido.

Los barcos que había en Cartagena eran: un vetusto acorazado titulado el «Pelayo»; dos malos cruceros, el «Carlos V» y el «Cisneros,» y un barco recién construido con todos los adelantos modernos; un magnífico acorazado de veinte mil toneladas y veinticinco millas de marcha, con coraza impenetrable por su grueso y forma, y armado de cañones del mayor alcance.

Los ingleses tenían unos veinte de igual tipo y los franceses quince; pero España tenía sólo uno que por

singular maravilla no había sacado faltas: hasta en el nombre se había acertado, pues en lugar de los ostentados por aquellos que ponían las quillas por alto, llamábase «Barceló».

Había además dos torpederos de alta mar, y otros barcos menores de valor nulo.

El consul francés asistente á la *Junta de defensa*, emitió la idea de que, aun cuando el «Barceló» y otros buques de la escuadra llevasen copia del parte, debía confiarse también otra copia al «Correo Argelino», vapor mercante anclado á la sazón en el puerto, cuyo andar era superior, y cuyo capitán, conocedor á palmos del Mediterráneo, se ofrecía á intentar la salida aprovechando el tumulto del combate.

Con arreglo á estas disposiciones aparejó la escuadra española, no sin que los comandantes se abrazaran al despedirse, jurando la rehabilitación de la marina de guerra.

Aprovechando la oscuridad de la noche, salieron del canal en la forma siguiente: el «Cisneros» y el «Carlos V» abrían la marcha, para llamar la atención hacia el Sur; el «Pelayo» después tomó el centro, seguido del «Barceló», que enderezó al Noreste, siendo escoltado por los dos torpederos; el «Correo Argelino» siguió al «Pelayo» á distancia. Los seis cruceros ingleses que con dos acorazados guardaban la salida, enfocaron con sus luces eléctricas á los españoles, y comenzaron á dispararles proyectiles. Contra los dos primeros buques se dirigieron tres cruceros y uno de los acorazados que por su gran calado no pudo acercarse mucho. Los dos cruceros españoles siguieron hacia el Sur, haciendo fuego, y tan cercanos á la costa como lo permitían sus calados.

El otro gran acorazado inglés ocupaba el centro,

bastante adentro en el mar; y hacia el Noreste, haciendo fuego al «Barceló», dirigiéronse los tres cruceros restantes.

El gran acorazado español no desvió su rumbo; cuando tuvo cerca al primer inglés, le cañoneó con sus piezas de barbeta, y con acierto tal que lo inutilizó; hizo señal de avería, y el acorazado del centro puso la proa al «Barceló».

Entonces el «Pelayo» marchó hacia el Noreste, en dirección oblicua al inglés, buscándole el bulto, mientras lo cañoneaba con furia. En vano intentó el agredido rechazar el ataque, disparándole primero balas y después torpedos; al comprender la tenacidad del español en desviarse de su caza al «Barceló», decidió deshacerse del importuno aprovechando su superioridad; no tuvo que esperar mucho, porque el «Pelayo» se le iba encima, disparándole también sus torpedos, y el inglés, después de tomar alguna delantera, viró de repente cayendo como un alud sobre el «Pelayo», sin que éste pudiese evitar la tremenda embestida.

El espólón del grande se incrustó en la masa del español, y por breves instantes quedaron enlazados. Pero aprovechando este momento, mientras el inglés hacía marcha atrás, el torpedero de la derecha, destacado por el «Barceló» lanzó dos torpedos al gigante.

Apenas se separó del «Pelayo», que se sumergía por segundos, fué levantado por dos columnas enormes de agua y se hundió destrozado en el abismo. Poco después, desaparecía el «Pelayo», pero muchos de sus tripulantes fueron salvados por el torpedero. El preciso momento de la catástrofe fué aprovechado por el barco mercante para salir por el espacio libre, recibiendo sólo lejanos disparos, que no impidieron su marcha sobre Argel.

Al Noreste volaba el «Barceló» seguido de los dos cruceros, mientras los otros combatían contra el «Carlos V» y el «Cisneros,» hasta acorralarlos contra tierra. En vano intentó el torpedero triunfante, acudir en su defensa; vióles arder como pajuelas y embarrancar en la playa, después de cumplida su misión de distraer las fuerzas enemigas; por lo cual el pequeño barco tornó á Cartagena, desde donde fueron socorridos los naufragos.

Cuando el acorazado de línea inglés que quedaba, vió destruidos á los contrarios, orientóse por los fuegos de sus cruceros, y siguió hacia el Noreste en persecución del «Barceló» para conseguir lo que su compañero no había logrado por el sacrificio del «Pelayo.»

El cónsul francés había tenido una excelente inspiración. El «Correo Argelino» encontró á la escuadra de Brest en la madrugada, y enterado el almirante de las instrucciones, puso el cabo á un punto determinado entre Mallorca y Menorca.

Al medio día los vigías descubrieron á un gran acorazado con bandera española, que escoltado por un torpedero y perseguido por tres barcos ingleses, uno de ellos muy poderoso, se defendía á cañonazos á la vez que volaba hacia el Este.

Al divisar á la escuadra francesa pidióle auxilio y parte de ella cortó la retirada á los ingleses, considerando echar ambos cruceros á pique, mientras el gran acorazado tenía que arriar bandera al «Barceló», llamábase el «Porwerfull».

Al anoecer divisaron los fuegos de una escuadra numerosísima; los capitanes se pusieron sobre aviso, pero el almirante se sonrió; estaban en el punto marcado por el ministro de Marina francés, para el encuentro entre la flota del Océano con la de Tolón.

Unidos los treinta acorazados de la una, á otros tantos de la otra, con más los barcos auxiliares, formaban la escuadra más formidable que había surcado el Mediterráneo.

El jefe salido de Tolón traía instrucciones detalladas; debían batir á la escuadra bloqueadora de Mahón y apresar á los ingleses desembarcados en la isla.

Batalla naval de Mahón

Levantamiento del bloqueo y del sitio

Los sucesos suelen repetirse en los mismos lugares con cierta periodicidad histórica. La segunda batalla de Mahón era obligada, por cuanto los ingleses no habían desistido de apoderarse del baluarte central del mar latino.

El 26 de Agosto el «Barceló» y el «Porwerfull» (cuya tripulación fué canjeada durante la noche por marinos mallorquines completados con clases y artilleros del primero) tomaron parte en aquel hecho de armas, el cual se redujo al apresamiento de cuatro acorazados, á la destrucción de seis cruceros de los que tantos daños causarían en los puertos españoles, y á la huida vergonzosa de los restantes, ante la superioridad de los buques franceses.

Aquel mismo día fueron apresadas las tropas que sitiaban á Mahón, y la gran fortaleza española quedó abastecida para tiempo, terminado lo cual, y previendo los almirantes lo que podía suceder, tomaron

rumbos encontrados; la escuadra del Mediterráneo pasó á Bizerta, y la otra se encaminó al gran arsenal para pertrecharse después de su larga navegación, quedando ambas fuerzas en comunicación por el servicio de palomas mensajeras establecido á través del Mediterráneo.

A los seis días se presentó en Mahón la escuadra inglesa con 80 acorazados de línea y otros tantos barcos auxiliares. El «Barceló» y el «Powerfull» estaban en Tolón con sus aliados, y los tripulantes de la flota más poderosa que se reunió jamás, sólo pudieron saciar su rabia contra los peces del mar del Lacio, aquellos peces que según el pleonasma del gran marino catalán debían llevar en sus colas las barras de Aragón.

La diplomacia inglesa

Mientras los buques ingleses levantaban espuma en los mares sin el menor provecho, sus diplomáticos corrían de un lado á otro, en busca de alianzas, sin encontrarlas.

Francia había arrojado la mascarilla; y habiendo convencido á su aliado el Czar de la necesidad de prescindir de medias tintas, se manifestó por el embajador ruso al Quirinal, que si Italia se unía á Inglaterra, el Czar dejaría de ver con malos ojos una república en Italia; y esto retrajo á la casa de Saboya, concedora de la facilidad con que sería lanzada de su trono por los republicanos de la península, apoyados por sus amigos de Francia.

El emperador de Alemania era la esfinje del mundo; y todo europeo se preguntaba cada mañana, si se habría despertado de humor guerrero, ó de humor filosófico: Las cartas de su pariente apremiaban, pero el que en su juventud habia sido tan aficionado á pensar en la guerra, prefería seguir pensando todavia. Y obraba cuerda- mente, porque Inglaterra, por su rudeza proverbial con todas las naciones, habíase hecho aborrecer de los alemanes como de los demás pueblos.

Ahora, cuando la India estaba ocupada por los rusos; el Sur de Africa sublevado desde el Transwal al Cabo; cuando á pesar de la neutralidad del gobierno de Washington, 100.000 irlandeses se aprestaban á invadir el Canadá; cuando sus acorazados eran volados, sus ejércitos capitulaban y sus buques mercantes eran saqueados y destruidos, la vieja vanidosa trocaba la altivez en marrullería, y prestaba atención á las reclamaciones de los neutros por los daños sufridos en los bombardeos de los puertos españoles, temiendo aumentar el número de sus enemigos.

Las peticiones de alemanes, suecos, dinamarqueses, belgas, suizos, y americanos eran atendidas; y las suyas contra la salida de los corsarios con bandera española de los puertos del Norte América, eran modelos de moderación y de prudencia.

Acaso empezaban á comprender los hombres de Estado ingleses, lo que hubieron de comprender, aunque tarde, todos los aspirantes á la dominación universal; que el exceso de poder trae al cabo la ruina, porque los abusos levantan protestas y las circunstancias hacen fuertes á los débiles. En suma que los imperios levantados por la maldad y mantenidos por el crimen, no podían, no debían durar eternamente.

Una *nueva* Inglaterra más grande que la *vieja* ha-

bía de surgir; pero grande por el trabajo la inteligencia y las nobles cualidades de sus hijos, al fin desengañados de la falsa política con que sus explotadores, los aristócratas y agiotistas, los engañaban. Y aquel pueblo salió regenerado de la crisis tremenda.

Combate aéreo en Gibraltar

La intervención de Francia precipitó las operaciones en la península. Doscientos mil franceses, unidos al ejército del Duero, llevaron por delante á los portugueses é ingleses, que apenas estuvieron unas semanas en Madrid; y esta vez no les valió la huída á los británicos, como en 1809. Alcanzados y cercados antes de llegar al mar, tuvieron que entregarse, mientras el ejército portugués del Tajo se adhería al gobierno de la república lusitana.

Pequeños submarinos traídos de Francia por la vía férrea, fueron lanzados en el Tajo, consiguiendo la destrucción de algunos barcos ingleses, y los restantes se marcharon llevándose al Rey de Iberia.

Quedaba la gran cuestión de Gibraltar, la llave de los mares, cuyo asedio continuaba con redobladas energías de un lado y otro.

España había hecho llamamientos, con lucrativas ofertas, á todos los inventores. Globos perfeccionados, explosivos de potencia desconocida, torpedos dirigibles por el aire y por el agua, submarinos de condiciones especiales, cuanto el espíritu de destrucción apoyado

por la ciencia y aguijoneado por la codicia pudo sugerir, fué reunido en torno de la plaza. Pero al genio latino, inspirador ferviente del culto de los patrios lares, estaba reservado el llegar al apogeo de lo terrible y de lo maléfico, preparando en holocausto del derecho, una catástrofe tan horrorosa y trágica, que llegó á conseguir lo que no consiguieran antes, las preces de la Iglesia ni las exhortaciones de la filosofía: el abandono de los procedimientos guerreros como base fundamental de las humanas relaciones.

Desde el bombardeo y destrucción de la ciudad gaditana, un profesor de aquella universidad retirado en Sevilla, venía haciendo ensayos en busca de un medio de destrucción, equivalente al fuego griego, famoso en la antigüedad; tal vez porque exaltada su imaginación con el terrible efecto de los incendios, comprendía la superioridad como efecto destructivo, de una conflagración general mantenida por mar y tierra durante algunas horas.

En su virtud combinó y mezcló todos los carburos de hidrógeno conocidos; bencinas, alquitrán, kiste, aceites de trementina y de oliva, etc., etc. Preparaba una emulsión en batidores especiales, incorporándole cierta cantidad de fósforo disuelto convenientemente, y al final distribuía en la masa unas cápsulas cuya envoltente, soluble en agua del mar, dejaba librés porciones de metales alcalinos, á cuyo contacto el agua se descomponía con desprendimiento de calor, y el hidrógeno mezclándose con el aire, aumentaba la fuerza comburente de la combinación. Preparáronse centenares de miles de toneladas de esta mezcla infernal, más ligera que el agua, y se dispuso todo para lograr sus destructores efectos.

Pero en el ínterin los ingleses no se descuidaban: á

principios de Octubre, el día del aniversario de Trafalgar, fué escogido por ellos para ensayar un formidable invento. Antes de amanecer salieron seis globos dirigibles de la plaza, y situándose sobre las líneas sitiadoras, empezaron á arrojar explosivos poderosísimos y materias incendiarias, que determinando la voladura de los parques, causaron enormes pérdidas de vidas y de material entre los españoles.

Pero inmediatamente salieron de Los Barrios seis *aereoplanos* y otros tantos globos (venidos de Meudon, pero reservados hasta la terminación de otros preparativos) y mientras los globos daban un rodeo con el viento para ganar altura, los *aereoplanos* entablaron el combate contra sus contrarios disparando proyectiles con cañones de aluminio, sobre sus cubiertas de seda. Aunque los ingleses contestaron, no podían causar á los *aereoplanos* tanto daño como recibían, y cuando un globo vino al suelo en territorio español, los otros huyeron hacia Gibraltar. Pero entretanto los seis franceses que volaron á favor del viento, para ganar elevación sobre los contrarios, los dominaron á considerable altura. Desde allí dejaron caer materias inflamadas, y dos de los globos inferiores estallaron con enorme estruendo, cayendo la masa informe de sus restos entre los barcos del dique, cuya catástrofe obligó á los tres restantes á volver á Gibraltar, y quedó terminado el primero y el último de los combates en el aire.



El Peñón ardiendo

Aquella lucha cruenta debía terminar de algún modo. Varias veces las potencias neutrales habían intentado la mediación, aconsejando se sometieran las diferencias á un tribunal de arbitraje; pero aunque los aliados de España estuvieron siempre dispuestos á ello, la aristocracia inglesa era irreductible. *Greater Britain or death* era su lema, y predicaban con el ejemplo, muriendo como sus infelices subordinados, en el mar y en la tierra.

El secreto de esta intransigencia obedecía á un atavismo de clase, á la falsa creencia de constituir ellos una parte escogida «selected» de la humanidad, cuya misión era dominarla; y aborrecían mortalmente á las demarcaciones europeas, porque amenazaban destruir esa leyenda, y acabar con sus privilegios.

Como á fines del siglo XVIII por haber dado á Pitt la preferencia sobre Fox, habían sostenido la guerra contra Francia hasta motivar el cesarismo napoleónico y retrasado cerca de un siglo el advenimiento de la era de paz, así en 1904 querían prolongar la lucha y arrastrar á ella á todas las naciones neutrales.

Fueron necesarios los horrores dantescos de la catástrofe final, para reducir aquellos corazones de roble; y la catástrofe llegó.

Habíanse acumulado en todo el litoral desde Tarifa

al río Barbate, infinidad de materiales y objetos flotantes; bosques de pinos cortados para formar balsas, embarcaciones pequeñas en número ilimitado y enormes cantidades de corcho.

Dispuestos estos objetos á orillas del mar, en sitios inaccesibles á los barcos de mediano calado, en la noche del 30 de Octubre fueron acumulados hacia la parte de Tarifa en ocasión en que soplabá un viento fuerte del Sudoeste. Cada balsa ú objeto flotante de más de cien mil reunidos, sostenía varios barriles del combustible flúido, y desde primera hora, diez mil pescadores de la marisma y otros tanto marineros, iban sacando al mar aquellas filas de balsas y de esquifes, hasta dejarlas fuera de Punta Marroquí.

El viento y la marea hicieron lo demás, pues aunque muchos de los objetos flotantes se plegaban á la costa, entre dicha Punta y la del Carnero, la gente de mar desde los botes, empujaba hacia el Noreste á los objetos, hasta hacerles doblar el segundo promontorio.

Pasada media noche, cuando todo el material incendiario era arrastrado por el viento y la marea, hacia el puerto enemigo, ante el cual estaban en franquía los barcos mayores, comenzó el fuego por todas las baterías sitiadoras, arrojando proyectiles incendiarios sobre la bahía, hasta que consiguieron iniciar en muchas partes el incendio. Este se propagó sobre las aguas, y al poco tiempo parecía como si entre Punta del Carnero y Punta de Europa, se hubiese abierto el infierno. El viento empujó las llamas sobre la escuadra, y las aguas del mar, impulsadas por la marea, y llevando un penacho continuo de llamas, entraron en el puerto é incendiaron los barcos de madera que á su vez propagaron el fuego á los fondeados en los diques.

Como sobre las balsas se habían acumulado también

multitud de cohetes y demás artificios análogos, estallaban éstos, lanzando la materia incendiaria en todos sentidos, mientras la madera de los esquifes y el corcho de las balsas servían de reserva al colosal incendio.

Presto las cubiertas y las arboladuras fueron rociadas con la terrible sustancia y viéronse llamas terribles subir lamiendo las moles de hierro, y enroscarse sobre ellas como serpientes vengadoras: las estructuras forjadas para sembrar la destrucción, se trocaron en horribles sartenes donde chirreaba la grasa humana de sus tripulantes.

Los barcos que pudieron maniobrar embarrancaron en la costa ó se dirigieron hacia afuera, pero todo había sido preparado para su ruina, pues las escuadras de Tolón y de Bizerta, habiendo arrollado previamente los bloqueos, ocupaban el Estrecho; los buques ingleses eran atacados por fuerzas triples y se rendían ó iban à fondo; solo una décima parte logró refugiarse en Tánger.

En el interior del puerto el fuego había ganado los Docks y los almacenes, y miles de criaturas se vieron rodeadas de llamas sin esperanzas de salvación.

Aterrados los infelices marineros por aquella fuerza que representaba algo muy superior á los medios humanos, lanzaban rugidos de cólera y desesperados lamentos que dominaban el ruido del combate, á pesar de disparar entonces todos los cañones de la plaza y los de afuera. Doce globos dirigibles y otros tantos *aeroplanos* se situaron sobre las baterías de Gibraltar y las inundaron de una lluvia de materia combustible.

El fuego ganó á la ciudad, donde todo ardía; los parques estallaban con enorme estrépito, y sobre la misma roca del Peñón, la grasa infernal rociada, levantó llamas siniestras.

A los primeros albores se vió la bandera de parlamento izada sobre un montón de humeantes cenizas; los sobrevivientes de la catastrofe se habian corrido hacia la parte del Este para sumergirse en las aguas del Mediterráneo, únicas libres del incendio, y aquellas aguas donde los ingleses cometieron tantos abusos de fuerza, calmaron las ardientes quemaduras que torturaban sus cuerpos.

En el campo exterior no fué un grito de júbilo, sino uno de compasión inmensa el que brotó de los pechos de los sitiadores.

Dedicados ya desde la noche á salvar á los náufragos de los buques embarrancados, otros acudieron á la plaza sin armas de ningún género y llevando solo instrumentos de auxilio: el cristiano Iparraguirre se encontró en el campo neutral con otro cristiano que se arrojó en sus brazos: era el comandante general de Gibraltar.

Mientras los españoles entraban en la ciudad para salvar á los heridos medio achicharrados, y extinguir los incendios, Iparraguirre hizo subir al Hacho junto á la bandera de parlamento, otra enseña que no era la de los vencedores: sobre aquella hecatombe sólo quiso poner para enseñanza de los hombres, el blanco lino de la paz, con el lábaro del que murió diciendo ¡amaas los unos á los otros!

¡La enseña bendita de la Cruz Roja!

El horror impone la paz

Tribunal de arbitraje

El 31 de Octubre el emperador de Alemania había citado á primera hora al ministro de la Guerra, acaso para tratar de la movilización, pero enterado de lo ocurrido pocas horas antes en Gibraltar, exclamó noblemente: «Precisa á los hombres ser cristianos y no ser fi-ras.» Y redactó un telegrama de pésame al rey Eduardo, á la vez que ordenaba comunicar á los gobiernos, su decisión de imponer el arbitraje.

Aceptaron todos, y suspendidas telegráficamente las hostilidades, se concertó una reunión en «El Haya» para concluir la paz. En la misma semana se reunieron los delegados de las potencias, y todo se fué arreglando en buena armonía.

Se neutralizó el Egipto; fué reconocida la confederación del Sur de Africa; en China y en Afganistan se compensó á los rusos; la India siguió bajo el protectorado inglés, con la promesa de facilitar la emancipación de los indios del yugo de los rajjas y la supresión de las prácticas contrarias á la salud universal; y convino la esfera civilizadora de cada nación en Africa, obligándose todas á suprimir la esclavitud.

Las Canarias volverían á España previa consulta á sus habitantes, y Tanger quedaba en poder de Inglaterra en compensación de Gibraltar, lo cual hizo pensar

en lo fácil que habría sido evitar la guerra por el cambio oportuno de ambas plazas; pero entonces habría seguido la paz armada, tan ruinosa á los pueblos como la guerra misma.

Sobre dos asuntos importantísimos hubo solemne acuerdo: la reducción de los armamentos en todas las naciones y el compromiso de someter toda diferencia entre ellas al fallo del tribunal permanente de arbitraje.

Sin embargo se había dejado para lo último un negocio de difícil arreglo: la cuestión de Irlanda, sobre la cual el gobierno inglés no admitía la ingerencia del tribunal de las potencias.

Rusia é Italia se desentendían de esta cuestión, la primera recordando á Polonia, y la segunda porque el Vaticano estaba en favor de los irlandeses. Francia temía la renovación del conflicto, pero España se colocó resueltamente en favor de aquellos oprimidos, que un siglo antes le ayudaron contra Napoleón, y acababan de verter su sangre en su defensa.

No estaba sola porque tenía á su lado al Gobierno de Washington, bien fuera por la presión de la colonia irlandesa, ó por secreto deseo de ocupar el Canadá, en caso de guerra; también las repúblicas del Sur de América se declararon por Irlanda, muchas por espíritu de justicia, otras por instintos de raza y alguna por simpatía religiosa; pero todas por aborrecimiento á la política de Inglaterra.

Lo que se exigía de esta nación no era después de todo, sino el reconocimiento en favor de Irlanda, de una autonomía semejante á la del Canadá; pero el gobierno inglés seguía aferrado á sus intransigencias.

Resistencias inglesas

El partido *tory* y los apóstatas del *unionismo* preferían los horrores de la lucha á reconocer la justicia de las reclamaciones de la *isla rebelde*; el frenesí religioso soplaba sus odios entre dos pueblos vecinos, y aún no se había extinguido el furor de los *Costillas de hierro de Cronwell*, cuando asaltaban á Drogheda entonando bíblicas preces, para no dejar vivos ni mujeres ni niños.

El consejo de las naciones no podía ser cómplice de tamañas aberraciones y ante la resistencia de la aristocracia inglesa y de las sectas protestantes, que en esto como en muchas cosas olvidaban á Jesucristo, la guerra volvió á ser inevitable.

El gobierno inglés había concentrado sus escuadras dispersas, y á pesar de las recientes pérdidas, presentó fuerzas superiores á las de las repúblicas defensoras de Irlanda.

Su diplomacia había asegurado la neutralidad de las Cortes europeas, y si Francia no se decidía como era probable, vista la actitud de Alemania, la revancha era posible todavía.

Por fortuna para la humanidad, mientras los representantes de los gobiernos discutían en «El Haya», había-se reunido en Zurich el «Congreso internacional de trabajadores», y conocido el peligro se apeló por todos al sentimiento de solidaridad de los delegados ingleses. Ni estos ni sus poderdantes querían la guerra

y pronto se pusieron de acuerdo en Londres, los representantes de un millón y ochocientos mil trabajadores, para redactar una exposición que sería presentada al Parlamento por los obreros londinenses.

Motín en Londres

Los principales párrafos del documento decían así:

«En el país donde se pretende dar culto á la libertad; aquí donde el rey no puede entrar en la cabaña del pobre si no está autorizado legalmente, el suelo, las casas, las fábricas, y cuantos valores inmuebles son base de la vida del pueblo, pertenecen por fuero de conquista á doscientas familias. Aun cuando estos privilegiados y sus adjuntos vienen derrochando de generación en generación todo el ahorro nacional, aún conservan el derecho de seguir indefinidamente derrochando.

Con sus cacerías asolan los campos; con su gula escandalizan al hambriento; con sus abusos de licores agotan las vides del mundo; y con sus vicios deshonan al país. En sus universidades y centros de instrucción se desarrollan las facultades físicas é intelectuales, sobre todo como medio de mantener la supremacía y el dominio sobre los débiles é ignorantes, y el espíritu de caridad cristiana ha desaparecido bajo las fórmulas de un ritual amortiguador de la conciencia y exalador del egoísmo, dejando el campo á ese necio orgullo, á ese estúpido endiosamiento, que hace aborrecible ó ridículo

el nombre inglés en todos los rincones de la tierra.

Mientras las clases directoras del Reino Unido, apoyada en el esfuerzo de los trabajadores ingleses, pudieron exprimir el jugo de millones de seres de diferentes razas y naciones; mientras la expoliación universal pudo realizarse de un modo sistemático y sin grandes esfuerzos relativos, esas clases pudieron acaparar las riquezas del mundo, y dejar un bocado de pan á estos obreros que sufren bajo su directa dependencia, los efectos de la conquista normanda.

Pero en adelante el sistema se ha hecho imposible, porque la organización latro-mercantil ha venido en quiebra; los millones de indios no se dejarán morir de hambre periódicamente, para llenar los Docks del Reino Unido; los africanos han puesto un veto al saqueo de sus minas; Australia quiere desligarse de las responsabilidades adquiridas por la Metrópoli, y el obrero inglés no puede recoger ya las migajas de antaño.

Los desastres de la guerra han pesado sobre las clases más numerosas de un modo terrible. La falta de trabajo y la carestía de los alimentos han elevado su mortalidad por encima de la registrada en las batallas, y si esta situación se prolongase habríamos de emigrar ó perecer.

En su virtud, invitamos al Gobierno y al Parlamento á convenir desde luego la paz; y pues la autonomía de Irlanda es la principal dificultad para llegar á ella, no debe vacilarse en otorgarla tan amplia como sea preciso en bien de todos y en reparación de seculares injusticias.

De lo contrario, estos pueblos, antes de perecer como los habitantes de la isla hermana, intentarán un supremo esfuerzo para deshacerse de sus explotadores,

que son también los verdugos de la humanidad.

Hoy pedimos la paz: si se prefiere la guerra, empezaremos la huelga general, y después tomaremos posesión del territorio de nuestros antepasados, *entregando en usufructo à las asociaciones obreras todas las propiedades vinculadas del Reyno Unido.*»

Esta exposición, que era más bien una proclama revolucionaria, fué autorizada por un millón de firmantes de todos los distritos ingleses, y se presentó al Parlamento por medio millón de trabajadores, en la más imponente de las manifestaciones conocidas.

Desde las primeras horas del 20 de Noviembre la masa popular se reunió en los barrios extremos, desde donde avanzaron hacia el centro formando cinco columnas principales; tres de ellas partieron de Victoria Park, de White-Chapel y de la Torre, avanzando hacia Oxford Street, el Strand y los Muelles, respectivamente. Otra columna recogió desde Greenwich los obreros de la orilla derecha, remontándola hasta pasar los puentes por encima de la casa del Parlamento. Los marineros y empleados de los Docks, subieron por el Támesis en barcos de todas clases, cuya masa cubría el gran río, y la otra agrupación congregada en Hyde-Park, reunía á las representaciones de las sociedades de la paz, á los delegados coloniales, á los jefes de los partidos radicales y á multitud de concurrentes extranjeros.

Las casas estaban cerradas: los edificios públicos amurallados y con guarnición interior. Al reunir á los voluntarios, comprobaron los jefes la falta de los dos tercios del personal, y esto causó gran alarma en la Corte.

Habíase concentrado gran golpe de tropa, y la *yeomanry* ó guardia rural de los condados vecinos. La clase media y multitud de gente sportiva (*clubmen*) se

habían juramentado como *constables* ó policías, y prestaban servicio.

Las órdenes eran dejar pasar á las comisiones y contener á las masas. En Saint-James los preparativos eran formidables, y hacían recordar los del 10 de Agosto de 1793 en las Tullerías. Toda la nobleza había acudido á proteger al soberano, y el parque estaba cuajado de artillería y de ametralladoras.

Entre tanto avanzaban aquellas falanges humanas como brazos de un mar rugiente. Allí iban todos los tipos del trabajador, desde el inteligente ingeniero y el *foreman* ó capataz, hasta el peón humilde. Las mujeres y los niños formaban detrás de los hombres.

Unos y otros llevaban en sus semblantes la huella de las recientes privaciones; veíanse caras siniestras, tipos horripilantes y nunca vistos que acaso representaban á los más abnegados de los obreros, á los que peñan en las profundidades de la tierra, ó acaso eran los degenerados descendientes de esa burguesía que desde la opulencia no medita en la suerte reservada á sus hijos. Miles de banderas con los títulos de las sociedades ornaban el viento; en todas habíase fijado este lema: ¡PAZ, TRABAJO Y JUSTICIA A IRLANDA!

El espectáculo era imponente y hermoso: mientras unos grupos marchaban en silencio, otros entonaban en coro canciones de armonía solemne y conmovedora, como las quejas de la doliente humanidad!

La orden del día era «¡Dignidad y compostura!»

A la cabeza de las columnas figuraban las comisiones delegadas, con los carros donde iban los cuadernos de firmas. Todas llegaron casi al mismo tiempo á las intermediaciones del Parlamento. En Trafalgar-square hubo un momento de confusión por haberse reunido dos de las columnas, y por la resistencia de los policías á ca-

ballo á que pasaran más grupos que los de las comisiones. Hubo disputas y conferencias: los que venían detrás empujaban ciegame, y los de delante eran arrojados contra su voluntad entre los piés de los caballos y contra las filas de los agentes. Estos empezaron á repartir golpes para desembarazarse de las masas, y los denuestos llevaron la alarma por doquier; otro empuje mayor de la muchedumbre arrolló á los policías de á pié y á los montados, rodando entonces confundidos hombres y caballos. Los jefes pidieron auxilio á las tropas y al momento salieron del Arco de mármol los escuadrones de *Horseguards* para atajar la calle. Diéronse los toques de corneta, y ante la inmensa protesta de la irritada multitud, los jefes se dispusieron á mandar el ataque.

Media hora antes de estos sucesos, los grupos venidos del otro lado del río, encontraron en los Muelles el carruaje de un Chambelan de la Corte, que era á la vez uno de los principales del partido gobernante; dueño de la voluntad del soberano, dominaba á sus colegas por la soberbia y escandalizaba al mundo con sus desplantes. Alardeaba despreciar la opinión pública, y en realidad era un traidorzuelo de las ideas radicales cuya apostasía acibaró los últimos días de su protector Gladstone, al verle levantar en el *unionismo* un banderín de enganche para los traidores de su ralea, que no vacilaron en poner á las plantas de la reacción los intereses populares.

Pretxtaron, para cubrir su mala obra, los negocios de Irlanda; y exaltando las peores pasiones del anglicanismo sajón, hicieron fracasar el proyecto con iludor del *gran anciano*.

El pueblo irlandés no tuvo enemigo más funesto, ni los boers verdugo más feroz. Su exaltación de la fuerza

bruta, sus teorías sobre la dependencia de las naciones, su inaudito cinismo para defender privilegios absurdos, rayaban en demencia.

La historia no registra monomanía más repugnante ni más sanguinaria, porque los delirios de Nerón y de Marat causaron menos víctimas que los fríos discursos de aquel inglés atildado.

Era enemigo de la humanidad y obligadamente enemigo de su pueblo. Su encuentro con las masas fué un hecho fatal de la historia, una exclamación salió de todos los labios.

—¡Ahí va el bandido! ¡el ladrón del Transwaal! ¡el asesino de nuestros soldados! ¡al Támesis! ¡al Támesis!

El cochero fustigó los caballos y rompió por entre los grupos atropellando á los que cerraban el paso; pero la muchedumbre le siguió, y viéndose perdido, aprovechó una oportunidad para dejar el coche, y desaparecer por una de las bajadas al ferrocarril subterráneo.

Las turbas bajaron detrás de él, y por su desgracia, cuando llegó al andén, el tren acababa de partir. Entonces se vió acosado por un tropel de criaturas que le amenazaban de muerte, y pálido de rabia, pero impertérrito, cruzó los brazos y les apostrofó de este modo.

—¡Cobarde canalla! ¿Mil contra uno?

—Dejádmelo!— gritó una voz. Y adelantóse un harapiento desgreñado, con gabina abollada, barba irsuta y garrote en mano: era Paddy O'Hunger.

Tiró el palo, hizo señal de que despejasen y avanzó hacia el inglés con los puños cerrados: éste le recibió cuadrándose en la postura clásica del boxeador.

No eran dos individuos, sino dos pueblos, dos clases,

dos símbolos incompatibles, los que estaban frente á frente: Inglaterra e Irlanda, opulencia y miseria, tiranía y libertad.

La lucha fué corta, y desesperada: el atlético inglés, correcto y fuerte como Aquiles, asestaba y paraba los golpes con certidumbre mecánica, y Paddy, con la cabeza baja y los puños por delante, aguantaba los porrazos y con embestidas de toro salvaje, acorralaba al aristócrata contra el borde del andén.

El semicírculo de espectadores se estrechó rápidamente, y apenas quedaba espacio para los luchadores cuando se sintió llegar otro tren. El irlandés dió tal empujón con la cabeza al contrario, que rodara sobre la vía si no se hubiese agarrado á su cuello, y ambos cayeran juntos si diez manos no hubieran cogido á Paddy; éste metió instintivamente la pierna hacia el vientre del otro, y tan fuerte dolor le causó, que soltando su presa cayó desvanecido sobre los rails. En vano el maquinista dió freno, el enemigo de los pueblos fué triturado por el tren.

Súpose instantáneamente la desgracia en palacio, y el rey se afectó sobre manera; aquél momento fué aprovechado por su santa esposa y sus angelicales nietas para redoblar los esfuerzos que venían haciendo en favor de la paz, y al fin lograron sus nobilísimos anhelos.

Al instante fué llamado el jefe de los radicales, y sabida la noticia en las calles, trocóse la cólera en entusiasmo: obreros y *hobbs*, que se iban á hacer pedazos, se abrazaron con delirante alegría.

Los asuntos ingleses se arreglaron con la mayor facilidad. El nuevo ministerio, en el cual entraron miembros irlandeses, disolvió el Parlamento y apeló al país con este programa: «Paz dentro y fuera de casa.» Obtú-

vo la nueva política considerable mayoría y los proyectos del *gran anciano* fueron estudiados de nuevo, y aun ampliados en beneficio de los habitantes de la desventurada Isla.

Desarme general

Convínose en suprimir los armamentos, y el material de guerra fué dislocado para utilizar los componentes en las artes. Era el medio de eternizar la paz.

Los pueblos se vieron aliviados de la pesada carga que sufrían, y la humanidad irguió por vez primera la frente.

Los presupuestos de guerra y marina representaban la tercera parte de todos los gastos de las naciones, y éstas por decisión del Consejo internacional, destinaron una parte del ahorro á la supresión de los impuestos de aduanas y de consumos que gravaban sobre los proletarios; otra parte fué destinada á Instrucción pública y el resto se entregó cada año á las sociedades obreras para organizar la producción colectiva.

Los beneficios alcanzados desde luego, anularon para resolver multitud de problemas considerados insolubles hasta entonces: el pauperismo, la mortalidad de la infancia, el alcoholismo, la prostitución y la criminalidad disminuyeron en rapidísima regresión, y esto alentó para abordar la principal de las dificultades después del asunto de la guerra: la transformación de la propiedad individual en colectiva, que se verificó sencillamente.

Entre tanto los más graves problemas internacionales se resolvían del modo más expeditivo por el Tribunal internacional de arbitraje; y como ejemplo bastará citar lo ocurrido en 1906, con la cuestión de Alsacia-Lorena, que tantas alarmas causara en otros tiempos.

A petición de muchos habitantes de aquellas provincias, el Tribunal decidió se hiciera una libérrima consulta á todos ellos, para el arreglo definitivo de su situación política.

Se puso al frente del país una delegación internacional: procedióse á elecciones generales tomando parte los mayores de 14 años de ambos sexos, y terminado el escrutinio hubo unas decenas de millar de votos en pró de la unión con Alemania; sobre cien mil por la unión con Francia, y un millón de votos en favor de la independencia. Desde entonces el estado alsaciano-lorenés fué una nueva Suiza y hubo una estrella más en el pabellón europeo.

Otro resultado pudo comprobarse también desde los primeros años: la administración resulta más barata en los pequeños estados que en los grandes, sin duda por análogas causas á las que mantienen la división del trabajo en las industrias; de modo que las grandes naciones han ido fraccionándose en estados autónomos, y esto, si perjudicó en apariencia á las unidades históricas, favoreció en cambio á la unidad humana, esa unidad definitivamente afirmada por la creación de la lengua universal. Gracias á ella, todos los habitantes de la tierra se comunican entre sí con sólo poseer dos idiomas: el lenguaje lo al, cada vez menos usado por sus molestas imperfecciones, y el que reúne los méritos de todos sin sus defectos, el idioma común, una de las más valiosas adquisiciones de la humanidad progresiva.

Si los hombres del siglo XIX, tan ufanos de sus descubrimientos, alzarán la cabeza, asombráranse del avance obtenido: gracias á la terminación de las guerras, se ha progresado en 88 años más que antes en 12 siglos, porque redimido el pecado mayor, lo demás ha venido por añadidura; y ejemplo es la existencia de este establecimiento científico, donde se ha hecho la fusión del Oriente y del Occidente, del Norte y del Mediodía, de Africa y Europa.

Odios diez veces seculares se evaporaron en el crisol de la verdad eterna; y en estos muros alicatados, testigos un día de impurezas y crímenes, pero purificados ya por la ciencia, un descendiente de los moros que, como tigres asaltarán la Alpujarra, lee ante vosotros, representantes de ambos mundos, estas líneas modestas, cuyo objeto es muy grande: en esta fiesta centenal quiere haceros testigos, individuos de todas las razas, sabios de todos los países, de haberse realizado el sueño que Máleh-Salem fijó en gloriosa poesía de arábigos caracteres, en el album de esta Alhambra: ¡aquella visión sublime que anunciaba el abrazo del cristiano y del musulmán!

Interrumpo esta lectura para recoger, usurpando indelidamente vuestras facultades, la entusiasta adhesión de esos hermanos nuestros, cuyas aclamaciones oímos, y cuyo concurso ¡o demos admirar sobre el Velum que limita estos alcázares. Sin los pobladores de Garaa, la ciudad poco há construida en la ribera meridional del mar de Sahara, y á ellos se unen representantes de las razas diversas del culto país africano. Han querido asistir á esta solemnidad y nuestros antiguos alumnos, empleados en los trabajos técnicos del mar interior, prepararon la sorpresa. Eléctrico enlace, salvando los miles de kilómetros que nos separan, permite verlos y oírlos como ellos á nosotros; é infinitamente más veloz que el ave africana cantada por Salem, la vibración eléctrica, trae sus bendiciones á la Alhambra.

Si me permitís les hablaré en vuestro nombre.

¡Hermanos de Africa, recibid nuestro saludo! ¡que la ciencia y el bien sean con vosotros!

Progresos del siglo hasta 1992

Mencionaremos algunos.

Obtiénense hace años combinaciones metálicas más resistentes, más ligeras y tan bellas como el oro, siendo su baratura tal, que los objetos de uso más común se fabrican de ese compuesto, cuyas virtudes desconcertarían á los alquimistas medioevales.

Las escorias de ciertos hornos producen rubíes y esmeraldas, cuyo tamaño y belleza asombrarían á los lapidarios de antaño, y se destinan hoy á los más triviales usos.

Las enormes cantidades de diamante anualmente producidas, apenas son suficientes, desde que dicho cuerpo constituye la base de todo herramental.

Las rocas más duras se pulverizan con su roce, y el polvo obtenido entra en nuevas combinaciones, ó sirve para aumentar la capa laborable de la tierra: gracias al diamante, se taladran esos pozos de más de 10.000 metros, por donde retiramos transformado en electricidad el calor interno del globo; y como una invención trae otras, la transformación directa del calórico en electricidad, permitió utilizar hace años el calor del Etna y del Vesubio, obteniendo la fuerza necesaria para perforar el Norte del Africa, hasta introducir las aguas del Mediterráneo en la depresión del Sahara.

El aprovechamiento de todas las energías abarata los productos hasta el extremo de que un ciudadano cual-

quiera disfruta hoy comodidades no conocidas por los reyes; y esto sin contar con las nuevas artes encontradas en la combinación de las armonías luminosas, y en la de las melodías aromáticas, que sobre procurar delicias inefables, sirven para la cura de los padecimientos nerviosos.

La medicina va suprimiendo las causas de muerte prematura en la infancia, las plagas epidémicas y las enfermedades contagiosas; la vida media ha duplicado, pero las subsistencias aumentaron en mayor proporción, gracias á la facilidad de transformar la materia inorgánica en alimento, por el método sintético de Berthelet.

Acaso resultará pequeño el globo dentro de poco para su población, pues ya se explotan los fondos del mar, á la vez que se utilizan los frios de los Polos y los calores del trópico, para fines industriales; pero esto no puede inquietar á los que conocen la progresividad de la ciencia.

Nos hemos reunido para conmemorar el primer viaje de Colón, y los que anoche os dormisteis en América para despertar en Europa, después de atravesar el Atlántico en el tren proyectil del tubo intercontinental, podéis, por comparación entre ambos viajes, apreciar el alcance del progreso.

De todos modos se intenta ensanchar el campo de la humana actividad hacia otros mundos. Los adelantos de la óptica nos permiten hoy cambiar señales de inteligencia con los habitantes de Marte, y pronto se habrá convenido el lenguaje figurado que asegurará la comunicación entre dos agrupaciones solares inteligentes.

Dijose del siglo XIX que había pasado del caballo al tren eléctrico; de la pluma de ave á la máquina de es-

cribir; de la hoz, á la segadora mecánica; de la prensa de madera, á la impresora rotativa; de la pintura á la fotografía; de la rueca y el telar de mano, al torno y al telar mecánicos; de la pólvora á la melinita; del fusil de chispas, al de repetición; de la vela de sebo al foco voltaico; de la pila, al dinamo; del barco de vela al submarino; del telégrafo de señales, al sin hilos; de la luz ordinaria á los rayos X, etc., etc., y aun cuando del siglo actual sólo pudiera decirse que halló la guerra y dejó paz, habría sobrepujado á los anteriores.

Pero ha hecho bastante más: en el orden político y en el social ha resuelto dificultades tenidas por insolubles, con solo aplicar el sistema de arbitraje que permitió suprimir la guerra entre las naciones.

Extendido el lazo federativo desde la familia á la humanidad, se crearon multitud de organismos políticos cambiables por mutuos convenios, pero cuya tendencia ha sido el conseguir mayor regularidad con menos pérdida de fuerza viva social, en las relaciones humanas.

El libre tráfico, la concurrencia reemplazando á la lucha desleal, consolidó las operaciones mercantiles con ventaja para todos; el cambio sin moneda, ni más intermediario que los Bancos de crédito mutuo y gratuito, asegura equitativamente las transacciones entre los grupos productores; el valor relativo de los productos obedece en beneficio común á la libre concurrencia, y el premio de la labor, recogido íntegramente por cada grupo, se distribuye con equidad. La ley está escrita en los corazones y no en los códigos y los raros delincuentes pasionales pasan por el jurado comunal, para ir á manos del médico y el psicólogo.

La unión local de gremios y profesiones es la célula social, la agrupación primaria donde reside la sobera-

nía, y todos los ciudadanos la representan por turno; las agrupaciones de distintos órdenes, concejo, municipio, región, confederación, etc., están dirigidas por delegados de las de orden precedente, sin distinción de sexo ni de profesiones; para elegirlos sólo se tiene en cuenta la experiencia y el saber.

Como el ejercicio de la autoridad tiene pocos atractivos, considérase como un sacrificio el ejercerla, y los cargos se dejan fácilmente.

En la actualidad trabaja en la consignación de buques en un puerto del Japón, el último vástago de los emperadores de China, y tiene el buen sentido de afirmar, que su trabajo ha sido el primer beneficio aportado á la humanidad por sus antecesores durante 40 siglos. Hace poco se levantó el estado excepcional en que se encontraban los descendientes de los Czares de Rusia, relegados por necesidad política en aquellas minas de Siberia, donde tantos inocentes fueron enterrados en vida; y al cabo se ha conseguido borrar hasta el recuerdo de la tiranía, por la reducción al mínimo del principio de autoridad.

Se ha realizado, pues, la notable profecía de Spencer. Mientras prevaleció el estado de guerra, la obediencia era virtud obligada en los esclavizados; pero en la libre cooperación, el individuo respeta el derecho ajeno en garantía del propio, y la autoridad no tiene razón de ser.

La base social constituída por la unión de dos seres igualmente libres, pero de sexos complementarios, fué enaltecida con la desaparición de la codicia en los ricos y de la miseria en los pobres; la paz reina en las familias, y la raza humana se reconstituye en lo físico y se regenera en lo moral, al calor de las afinidades electivas.

La educación integral de ambos sexos y la alimentación especial de la infancia íntimamente ligada con su higiene, es la primera de las funciones sociales. Adquirida la base de los conocimientos útiles, la instrucción profesional queda á cargo del individuo, y no es considerado como amigo de la ciencia quien no sigue estudiando mientras vive. Uno de los más hermosos adelantos, es el enlace entre la labor manual y la ciencia teórica, que cultivadas por el individuo, sirven de gimnasia reparadora y de complemento: todo intelectual acreedor á este nombre, practica un oficio; todo obrero manual algo distinguido, cultiva la ciencia.

Organizados los trabajos por grupos autónomos, usufructuarios de los medios de producción mediante un cánón para los gastos de la comunidad, y admitida la colaboración bajo condiciones conocidas, sin horas prefijadas ni traba alguna, el esfuerzo humano llega al máximo sin fatiga. Lo alterno de las funciones hace agradables las tareas, y la tendencia á la holganza es la mayor de las ignominias. Por un efecto de atavismo, las generaciones van entrando naturalmente en la rutina de la actividad universal, y las excitaciones del estímulo, la proporcionalidad en la recompensa, el culto tributado á los grandes inventores, son parte á mantener en intensidad creciente, los hábitos de trabajo. Aquella maldición estampada sobre la frente del hombre en las edades primitivas, se tornó en la más radiante de sus glorias.

Sursum Corda--Sólo Dios es vencedor

El criterio filosófico no ha progresado, porque ocurrió á los filósofos lo que habría ocurrido á los geómetras, si hubieran pretendido demostrar el Postulado de Euclides, para seguir adelante: la geometría no habría pasado de las paralelas.

Los filósofos se encontraron con el infinito absoluto que la razón no puede comprender, y desvariaron.

La ciencia experimental más modesta, estudió hechos, comprobó la unidad de la materia y de las causas de movimiento, y vió que entre el átomo y el ser, no existe vacío alguno.

Los estudios sobre el protoplasma esclarecieron lo bastante los misterios de la transmisión hereditaria; y la psicología experimental, relacionó los fenómenos de inducción, con las determinaciones de la voluntad, descubriendo en las acciones mutuas de los cuerpos y de los seres, las resultantes personales.

La muerte no conmueve al hombre moderno, porque vé en la vida individual accidentes infinitamente pequeños, cuyos efectos quedan — porque nada deja de ser en la naturaleza — pero cuya fusión con la vida universal es nuevo renacimiento.

La ley de probabilidades induce á suponer que la inteligencia no está limitada á las humanidades planetarias. Los hombres que estudian y aman, que gozan y tra-

bajan, sienten que forma parte del *Gran todo*, y alzan tranquilos sus corazones mientras ruedan los mundos.

La discusión de las relaciones entre el hombre y el infinito absoluto, no ocasiona las luchas de antaño; el respeto á todas las creencias es el mayor triunfo obtenido, pero merece citarse la desaparición espontánea de las hipótesis más alejadas de la razón.

Las doctrinas de Confucio, de Budha y de Mahoma, profesadas antes por la mayoría de los hombres, fueron abandonadas con sus fetiquismos é idolatrías, y aquellos pueblos han venido á la religión de la ciencia y del bien, que une á los hombres entre sí y á la humanidad con la naturaleza.

Queda el cristianismo como única teodicea; pero ha vuelto á las enseñanzas del *divino* Maestro, despojándose de las groserías del paganismo y de la garrulería escolástica. Los cristianos forman grupos de trabajadores infatigables, buenos y tolerantes; producen al máximo y consumen el mínimo, distinguiéndoles su afán en sacrificarse por el prójimo; y atentos á conseguir eterna bienaventuranza, aspiran á merecerla con sufrimientos y privaciones en esta vida. Si fueran más numerosos, habría de preocupar la generalización de un altruismo, cuyos efectos serían análogos á los del egoismo desequilibrado, de los tiempos de guerra: más no ha de ocurrir nada semejante, pues practicando ellos la castidad, á que llaman pureza, desaparecen por sí solos.

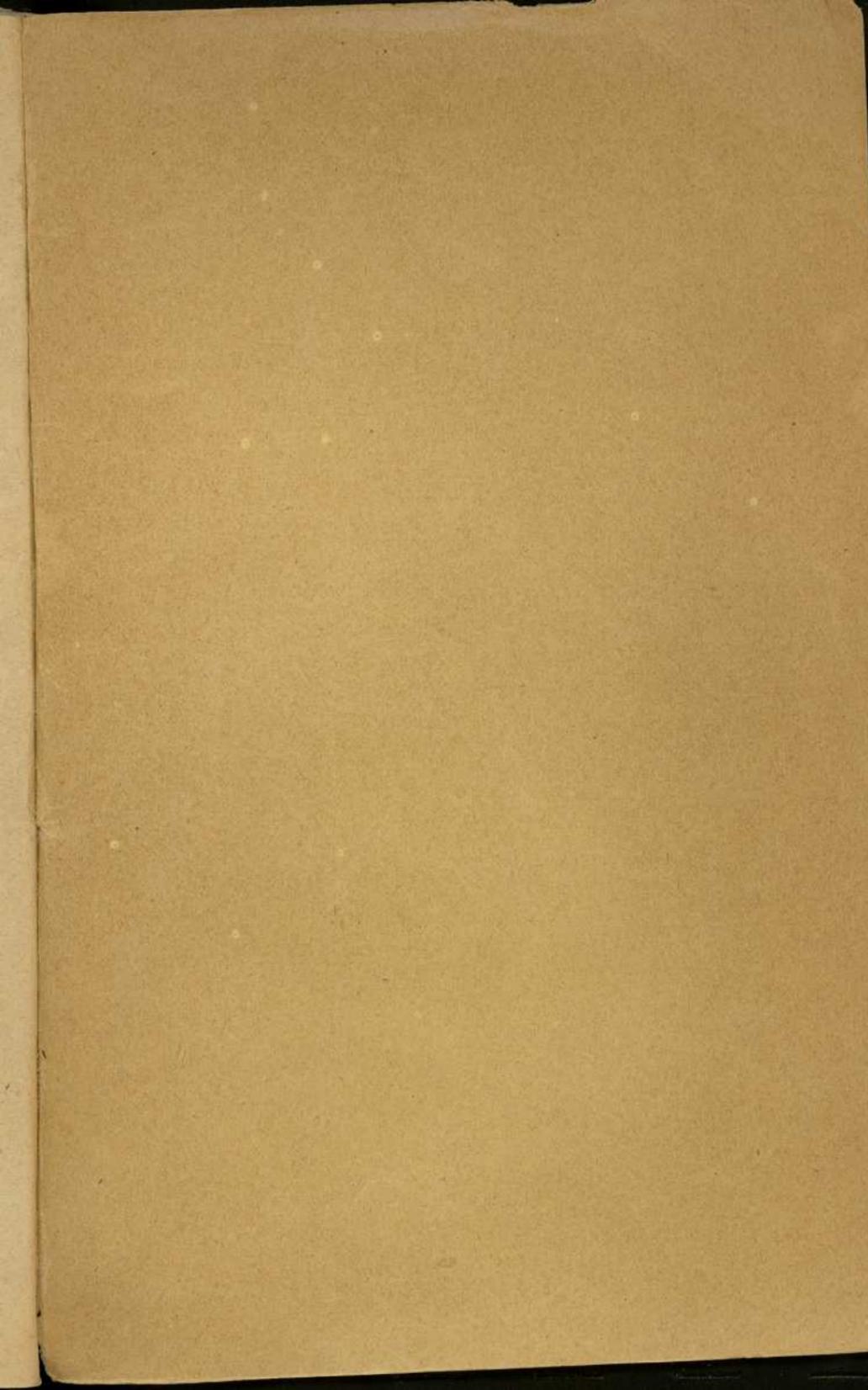
Las filigranas de estos muros reproducen una Sura del Korán. ¡Sólo Dios es vencedor! y siendo la infinita perfección incompatible con la guerra, aspiramos á interpretarla de otro modo, inspirándonos en los grandes genios de la humanidad; Platón, Juan el apóstol del Verbo, Averroes, Descartes, Bacon, Bernouilli, Spi-

noza, Newton, Kant, Goethe, Espronceda, Hugo, Zola y otros mil.

¡Suma infinita inaccesible á la razón humana; integral, de orden ilimitado, de *cuanto* existe; si en tu seno combaten antinómicos principios: acción é inercia, caos y orden, arbitrismo é inteligencia, azar y certidumbre, absurdo y verdad, mal y bien, el hombre, desligado de existencias individuales para anularse en tí, quiere contigo *devenir*, hasta lograr el triunfo de la *ETERNA ARMONIA!*

FIN.





PRECIO UNA PESETA

